

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

“Si no puedo narrar, no es mi revolución”

**TRABAJO RECEPCIONAL
PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADA
EN CREACIÓN LITERARIA**

PRESENTA:

FABIOLA GUTIÉRREZ QUIROZ

DIRECTOR DEL TRABAJO RECEPCIONAL

Dr. Isáí Moreno Roque

México D.F. JUNIO 2012

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS ©

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

Dedicada:

A mis padres, porque gracias a ellos he logrado terminar con este ciclo de vida.

Al Instituto de Educación Media Superior y a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, dos instituciones educativas que me dieron el conocimiento necesario para mi formación académica.

A la Subversión Sonora y al Cubículo Estudiantil Salvador Allende, dos espacios colectivos en donde adquirí experiencia y conocimiento para mi formación política.

Agradecimientos:

Agradezco a mis amigos: Minerva Rojas, Adriana Hernández, Carlos Conover y Blanca, por todas las experiencias y por haberme acompañado durante todos estos años en mi vida universitaria.

Agradezco a mis amigos: Ricardo, Adriana, Dorothy, Naarubi, Daniel, Viridiana, Roberto, Rocío, Luna, Norberto y Mariana, por formar parte de mi aprendizaje y por todo el apoyo que me han brindaron para cerrar este ciclo de vida.

Agradezco a los profesores: Teresa Dey, Carmen Ros, Beatriz Amezquita, Fabiana Mediana, Claudio Albertani, Alberto Bénitez, Jonh Hazard, Samuel Cielo, Teresa Rodríguez, Cesar Fuentes y Mariana Elkisch, por compartirme sus conocimientos y por defender la educación pública y gratuita.

Autonomía, educación y libertad.

Índice

El arte de narrar la realidad política

El planteamiento de un mundo.....	2
El cuento como contención.....	6
¿Por qué cuento políticos?.....	9
Quienes que ficcionan.....	16
De la Historia a las historias.....	26
La génesis de mis personajes.....	29
Que hablen mis personajes.....	32
Yo escribo y él cuenta la historia.....	35
Estructurando la Historia.....	38
¿Y ahora qué se cuenta?.....	41
Para finalizar.....	45
Bibliografía.....	47

Si no puedo narrar, no es mi revolución

Falta poco para que amanezca.....50

Zona de clasificación.....57

Al pie del fogón.....65

Porque suenan los tambores.....72

El encuentro.....78

Rumbo al metro Chapultepec.....84

Los estragos de la batalla.....89

Cuando las luces llegan.....98

El arte de narrar la realidad política

El planteamiento de un mundo

Cierto día recopilé los cuentos que había escrito durante mi carrera universitaria y al leerlos me di cuenta que seguían un tema. Los movimientos sociales estaban presentes en mi mente y se manifestaban en mis anécdotas literarias. Intenté hacer una novela con todo lo escrito, pero fue un total fracaso, estas historias estaban destinadas para ser cuentos y así permanecieron. Y ahí estaba mi primer libro, guardado en mi propio archivo personal, lo único que tenía que hacer era desempolvarlo y limpiarlo para que pudiera ser leído. *Si no puedo narrar, no es mi revolución* es una serie de cuentos que destacan problemas políticos ocurridos en las dos últimas décadas en nuestro país. En este libro de cuentos se representan las protestas sociales que, para mí, han sido de mayor relevancia. Chiapas, Guerrero, Guadalajara, San Salvador Atenco y el Distrito Federal, son algunos escenarios en donde mis personajes se desenvuelven.

El levantamiento indígena del 1 de enero de 1994 en el estado de Chiapas, es uno de los temas que utilizo como pretexto para contar la vida de Ana, el personaje principal del cuento *Falta poco para que amanezca*. Un año después del levantamiento zapatista en las montañas chiapanecas, surge otro movimiento indígena, pero en las montañas guerrerenses, en La Costa Chica. Guerrero es un estado con una larga historia de lucha social. La Costa Chica y Grande fue la cuna de dos hombres importantes para las guerrillas en México, Genaro Vázquez y Lucio Cabañas. En mis cuentos no hago referencia a estos dos personajes, sino a otro movimiento social que también es de gran importancia y que de cierta manera siguen los pasos de Vázquez y Cabañas. La *Policía Comunitaria* es un proyecto de seguridad autónomo indígena que surgió en 1995 en La Costa Chica y es a través de Cirio, el personaje del cuento *El encuentro*, que se conoce un poco cómo los policías comunitarios se han convertido en los guardianes de las montañas de Guerrero.

Zona de clasificación es una historia en donde se representa la huelga estudiantil de 1999 en la

Universidad Nacional Autónoma de México. En aquella época los estudiantes universitarios se manifestaron en contra de las reformas que intentaban privatizar la educación pública y gratuita. Al cumplir los nueve meses de huelga, el gobierno federal reprimió el movimiento con la entrada de la Policía Federal Preventiva a las instalaciones de la universidad. Fueron muchos los detenidos en este operativo policiaco y algunos de ellos encarcelados por estar en la hora y lugar equivocado como es el caso del personaje del cuento *Zona de clasificación*.

En *Porque suenan los tambores* se hace referencia a la represión hacia los manifestantes que protestaban en Guadalajara contra la III Cumbre América Latina y el Caribe-Unión Europea, en donde se encontraron jefes de Estado y de Gobierno. El personaje principal es un joven ciudadano quien cuenta cómo fue reprimido durante la manifestación que se narra en este cuento. Lo que le pasa al personaje de esta historia no es igual a lo que vivieron los jóvenes que se manifestaron aquel mayo del 2004, es una historia totalmente distinta a la realidad. Algo similar pasa en el cuento *Los estragos de la batalla*, que narra la represión que vive todo un pueblo. Nunca se menciona el nombre de aquel lugar en donde varios granaderos llegaron a interrumpir su tranquilidad, pero quienes conocen la historia de lucha de los pobladores de San Salvador Atenco, en el Estado de México, sabrán que este cuento hace alusión a los días 3 y 4 de mayo del 2006, días en que granaderos entraron a Atenco para terminar con la manifestación que encabezaba el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra.

He de reconocer que tiendo a hablar de los campesinos porque crecí entre ellos. Me atraen las historias que surgen en mi entorno social, que es una parte de la ciudad olvidada por los escritores mexicanos, la zona sur del valle de México, en donde las pocas chinampas tratan de sobrevivir a la voracidad de la mancha urbana; es esa parte campesina que aún existe en la ciudad, son los pueblos originarios que se encuentran en la delegación Xochimilco, Milpa Alta y Tláhuac. No incluyo muchos cuentos que describan estos lugares que menciono, pero sí elaboré

una historia que hace mención al conflicto social ocasionado por la construcción del Metro. La línea 12 del Metro amenaza con destruir los usos y costumbres de los pueblos asentados en Tláhuac y sobre esta problemática gira la anécdota del cuento *Cuando las luces llegan*. Al narrar este cuento me agobió la nostalgia, porque estoy siendo testigo de cómo destruyen muchos lugares en donde pasé la mayor parte de mi infancia. Me imagino que algo similar le pasó a José Emilio Pacheco al escribir *Las batallas en el desierto*, porque la historia se repite, la “modernidad” ha llegado a estos pueblos de la ciudad con su transformación social y cultural. En una ocasión, uno de mis profesores nos puso un ejercicio para que creáramos un cuento, nos dijo que narráramos a partir de aquello que nos preocupa o interesaba del mundo real y en ese momento el tema que me atraía era la construcción de la línea 12 del Metro. No tenía planeado escribir el cuento *Cuando las luces llegan*, pero surgió en una de mis clases y lo incluí en mi libro de cuentos.

Así, fui armando este libro con ocho cuentos y ahora había que bautizarlo, ponerle un nombre, como a todo hijo. Pensé en un lema que utilizaba un grupo de percusiones que tocaban Samba (hoy ya desintegrado), *Si no puedo bailar, no es mi revolución*, esa era la frase que gritaban cuando salían a las calles a protestar con su música y que se le atribuye a la fallecida anarquista estadounidense Emma Goldman. Me gustaría mencionar que en varias historias de estos cuentos aparece este grupo musical como ocurre en *Porque suenan los tambores*, que fue creado a partir de la experiencia que vivieron los integrantes del grupo en la manifestación reprimida en Guadalajara del 2004. Siguiendo el sentido que le daba este grupo de percusiones a la frase de Goldman a través de la música, quise hacer lo mismo pero con la literatura y por eso titulé este libro *Si no puedo narrar, no es mi revolución*. Con la creación de estas historias manifiesto cómo veo la realidad que vivo y al mismo tiempo hago mi propia revolución, pero literaria. Pienso que cuando las formas artísticas se renuevan y son empleadas adecuadamente, el

escritor podrá transmitir con facilidad su visión del mundo que lo rodea y hará que el lector tenga otra perspectiva de los acontecimientos que ocurren a su alrededor, eso para mí es hacer política. Hay una frase de Walter Benjamín que dice, “en arte, no hay transformación política si no hay revolución estética”, lo que significa que mientras no estén bien empleadas las técnicas narrativas, la percepción del escritor sobre la realidad que quiere mostrar se pierde, es decir, si no hay arte tampoco habrá política en la literatura.

El título de mi libro de cuentos me llevó a la reflexión sobre las historias que había escrito, porque me hizo ver las razones por las cuales quería narrar a partir de los movimientos sociales. Comprendí que tenía el deseo de evidenciar lo que me obsesiona, pero lo importante es saber utilizar bien las técnicas para mostrar la realidad. La literatura es mi manera de expresar mi punto de vista hacia la sociedad que vivo y el cómo lo haga definirá si es arte o no. Son muchos los escritores que han narrado a partir de acontecimientos reales y gracias a las técnicas que han empleado para hacerlo, sus obras literarias son consideradas como una de las mejores, tal es el caso de John Maxwell Coetzze.

Tenía que estar consciente sobre lo que estaba escribiendo para entender qué quería hacer y por eso surgió la necesidad de buscar mi propia definición sobre el cuento. Al principio uno escribe por impulso, pero con el tiempo me di cuenta que era estrictamente obligatorio comprender lo que estaba narrando, aunque estaba segura que eran cuentos desde las primeras frases de mis historias. Sin embargo, no tenía clara la definición del cuento, así que me di a la tarea de investigar lo que decían los teóricos y escritores sobre este género narrativo. No era suficiente conocer la opinión de otras personas sobre el cuento, así que me puse a elaborar mi propio concepto. No sólo se necesita tener claridad sobre lo que significa el cuento, sino también hay conocer su estructura, la psicología de los personajes, los diferentes narradores y el lenguaje literario a emplear, para lograr crear una buena historia. Por otro lado, si se van a escribir cuentos

que hablen de acontecimientos reales como es mi caso, que parto desde lo político, es importante leer a quienes han escrito a partir de su realidad para saber cómo la llevaron a la ficción sin caer en lo panfletario.

El cuento como contención

Después de leer las definiciones de cuento de grandes escritores, como Chéjov, Cortázar, Edgar Allan Poe, entre otros, creí que ya todo estaba dicho, que no tenía nada que aportar a lo escrito. Sin embargo, en cuanto comencé a escribir cuentos, me vi en la necesidad de saber lo que significaba para mí ese género narrativo y así estar consciente de lo que estaba narrando. Tenía que asegurarme que mis historias contaran una anécdota que impresionara, por eso era necesario conocer cada uno de los elementos que conforman al cuento.

Conforme narraba, mi propio concepto sobre el cuento se reafirmaba en cada frases escribía para describir a los personajes y el contexto de la historia. Pero aún no tenía claro lo que era para mí el cuento, seguía faltando algo, y por eso tuve que hacer un breve recorrido por sus orígenes. ¿Cómo había nacido el cuento?, esa pregunta me la hice varias veces. No me quiero entretener tanto en esta parte histórica del cuento, sólo me interesa tener un pretexto para elaborar mi definición. Se dice que las leyendas y los mitos son los antecesores del cuento. Es bien sabido que el cuento nació por un interés popular, antiguamente era un relato oral que se iba contando de un lugar a otro para divulgar lo que pasaba en otras sociedades. Los sucesos que ocurrían en ciertos lugares iban de generación en generación, eran historias sustraídas de la realidad que se transgredían con la imaginación de aquellos que la contaban. Generalmente los protagonistas de los cuentos eran quienes iban a la guerra y, algunas veces, las anécdotas se creaban con fines moralistas, como los cuentos de hadas que iban cargados de enseñanzas, y por tanto, de prejuicios. Gracias a la evolución tecnológica, los medios de comunicación agilizaron los

mecanismos para que esos relatos orales se escribieran en papel y así darles una vida más duradera. Hoy en día podemos encontrar en los libros, algunas historias orales que iban de un lugar a otro. Por otro lado, las formas narrativas se fueron perfeccionando conforme se iba buscando la creatividad y la moralidad en las anécdotas fue desapareciendo.

En la antigüedad los relatos orales eran largos, pero poco a poco se fueron haciendo breves y aún más cuando pasaron a la escritura. En la actualidad la brevedad del cuento es cada vez más buscada en los escritores y se ha convertido en esa pequeña historia que va soltando lentamente toda la tensión comprimida hasta llegar a su punto máximo y así desbordar la adrenalina acumulada hasta el final de la anécdota. A veces me imagino, cuando escribo, que pongo en un barril todos los ingredientes del cuento para dejarlos fermentando durante la narración y cuando siento que han agarrado un cuerpo uniforme, me bebo, en un solo trago, la historia en el clímax. A esto es a lo que llamo contención de la anécdota, o mejor dicho *tensión*. A mí me pasa que cuando leo cuentos, voy acumulando las ganas de beberme la narración de inmediato, pero me abstengo porque la historia misma me va diciendo que hay que saber esperar el momento apropiado para hacerlo. Entonces para mí el cuento es eso: pura contención. La brevedad del cuento es como una ráfaga de imágenes que hay que saber atrapar en el momento y así crear una historia en donde se diga todo en ella en poco tiempo. Es por eso que en el cuento hay que decir lo que se tenga que decir en pocas palabras, a esto se le llama, *la economía de lenguaje*.

Muchas veces se hace hincapié en la definición del cuento para marcar la diferencia entre éste y la novela, porque ambos son géneros literarios que tienen una historia que narrar. La diferencia está señalada en la extensión narrativa, en la cantidad de anécdotas y de personajes que se utilizan en cada uno. En el cuento son pocos personajes porque sólo hay una anécdota que contar, mientras que en la novela son varios. Una de las comparaciones que se hace para ambos

géneros literarios y de las que a mí más me gustan, es la de Julio Cortázar que dice:

(...) la novela y el cuento se dejan comparar analógicamente con el cine y la fotografía, en la medida en que una película es en principio un “orden abierto”, novelesco, mientras que en una fotografía lograda presupone una ceñida limitación previa, impuesta en parte por el reducido campo que abarca la cámara y por la forma en que el fotógrafo utiliza esa limitación.¹

A diferencia de la novela, el cuento trata de utilizar los pocos elementos narrativos o más bien, sólo hace uso de aquellos que necesita para narrar la anécdota. Pero esto no significa que calla en muchas cosas, pues aunque parezca que se está diciendo poco, en realidad se cuenta mucho con la mínima narración, es decir, todas las demás partes de la historia van implícitas en el relato. En cambio, la novela necesita detallar cada uno de sus elementos para continuar con la historia, por eso sus capítulos nunca son cerrados, siempre se dejan abiertos y así seguir narrando las varias anécdotas que giran alrededor de la historia principal. En el cuento podemos dar pistas que nos lleven a imaginar la vida íntima de nuestros personajes, sin la necesidad de describirla. Lo que importa es saber qué le pasa a la historia, porque ése es el suceso que nos ocupa. La novela sí necesita saber quiénes son sus personajes con detenimiento, porque las diversas historias van tejiendo el conflicto de la trama.

Es importante aclarar que tanto en la novela como en el cuento las anécdotas tienen que ser dignas de contarse, es decir, a toda historia hay que buscarle su grado de importancia. Para cerrar esta parte concluyo con lo siguiente: el cuento es una narración que nació para ser contada a la brevedad, con una anécdota, pocos personajes, un clímax, tensión y un desenlace. Esto es para mí el cuento y creo que es todo lo que tengo que agregar a las definiciones conocidas.

¹Julio Cortázar, “Aspectos del cuento” en *Teorías del cuento (Tomo II)* de Lauro Zavala, UNAM, 2008, p.308.

¿Por qué *cuentos políticos*?

Si existen cuentos policiacos quizá los políticos también, me dije el día que comencé a investigar sobre el tema. Hasta ahora no he encontrado ninguna definición sobre *cuentos políticos*, lo más parecido que hallé fue la idea de *Literatura política*, que se refiere a los textos literarios con temas sobre la política que se ejerce en una sociedad y en donde se abarca las costumbres, el lenguaje, prejuicios, valores, entre otros, dentro de la historia. Julio Cortázar menciona que “la literatura que merezca su nombre es aquella que incide en el hombre desde todos los ángulos”², es decir, la realidad política, en la ficción, se puede abordar desde diferentes óptica y la manera cómo se haga es lo que le dará el nombre a los textos literarios. Entonces supuse que dentro de la *Literatura política* entran los cuentos que he escrito, por lo que me tomé la libertad de llamar a mis textos *Cuentos políticos*. Para mí estos cuentos son aquellos que representan en la ficción, desde otra perspectiva, la realidad política de cada época y en donde el escritor deja, de manera artística, su crítica sobre el suceso que se narra en la anécdota. Es por eso la importancia de buscar las formas narrativas adecuadas para expresar cómo el escritor ve el mundo que vive y señalar eso que le inquieta de la realidad, pero en la literatura. Por eso digo que la literatura es otra forma de hacer denuncia de los acontecimientos que pasan a nuestro alrededor, pero no es la denuncia que hacen los periodistas o las organizaciones sociales, ésta se muestra desde diferentes facetas que se presentan en el arte. No soy la primera ni la última en escribir este tipo de cuentos, existen muchos escritores que han creado narraciones con el tema que estoy tratando, pero de esto hablaré más adelante.

Volviendo a la pregunta. ¿Por qué *Cuentos políticos*? El deseo de escribir cuentos sobre los acontecimientos relevantes que han ocurrido en las dos últimas décadas en nuestro país, se

²Oscar Collazos, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa. *Literatura en la revolución y Revolución en la literatura [Polémica]*, México, S. XXI (col. mínima, 35), 1970, p36.

despertó cuando quise comprobar que es posible escribir de mi realidad a través de la literatura y así ver el mundo de otra manera. Siempre me ha gustado contar todos los hechos que tienen importancia en mi vida, pero en esta ocasión quería hacerlo de distinta forma. El interés era escribir de mi entorno social, pensé que las historias que se estaban desarrollando en la realidad podrían funcionar para crear ficción. Sin embargo, llegué a cuestionarme si deseaba la denuncia social y caí en la cuenta que sí la buscaba, pero no lo estaba haciendo correctamente porque mis relatos repetían lo que ya estaba dicho. Deseaba evidenciar los acontecimientos que me preocupaban, pero no lo estaba haciendo de manera artística. Más allá de la intención de denunciar, mi necesidad de escribir cuentos políticos se debe a mi deseo de mostrar cómo percibo lo que vivo pero a través del arte y eso me llevó a la conclusión que solemos escribir sobre nuestras obsesiones.

Hubo un tiempo en que se creía que todo el arte, incluyendo la literatura, estaba obligado a tener un compromiso social. Cuando la URSS aún existía, Josef Stalin pensaba que la función del arte era crear un pensamiento ideológico, como el socialismo y es así como surgió un movimiento artístico llamado *Realismo Socialista*, en donde los artistas se daban a la tarea de evidenciar la condición del proletariado en su ámbito laboral y del poder privilegiado de la clase burguesa, pero también había una línea ideológica en sus textos. En aquel entonces, el arte estaba influenciado por el comunismo y era éste el que acaparaba la literatura. Máximo Gorki fue uno de los escritores comunistas que utilizó la literatura para mostrar la realidad que vivía y es por eso que en su novela *La madre* aborda los problemas políticos de su país, las condiciones en las que se encontraban las clases sociales y la censura hacia cierto tipo de textos. Los obreros son los protagonistas de esta historia y se nota claramente la línea política que va guiando la historia. Esta novela es el tipo de literatura, la literatura socialista que Stalin impulsó durante su gobierno, creyendo que estos textos ayudarían a transformar la vida social. Las características de este tipo

de literatura eran meramente ideológicas, porque así Stalin lo impuso durante su mandato.

En su momento, También Jean Paul Sartre fue uno de los escritores que creyó en la literatura como un arma de transformación social. En *¿Qué es la literatura?* considera que los escritores deben comprometerse con la vida social de su época, reflejando los problemas políticos en sus obras literarias. Para Sartre, la literatura no podía dejar de lado los acontecimientos políticos que rodeaban al escritor, porque era un ser existente de ese momento histórico y estaba obligado a hablar de ello por ser parte de un núcleo intelectual, y por tal motivo tenía que fomentar un cambio social a través de sus conocimientos. Bajo el mismo pensamiento que Stalin, algunos escritores guiaron sus obras artísticas hacia una ideología política, dejando ver lo que era para ellos la *Literatura Comprometida*, en donde se preocupaban más por la denuncia social que de las formas narrativas.

Cuando estaba escribiendo mis cuentos o más bien al releerlos, me di cuenta que en la mayoría de ellos transcribí la realidad que me rodea tal como es y no proyectaba mi propia percepción de ese mundo que estaba ante mis ojos. La denuncia social pesaba más que las formas narrativas. Mis cuentos se convirtieron en textos comunicativos y no literarios porque no estaban provocando hacia el otro ese sentimiento que me causaban ciertos acontecimientos, no había impresión emocional en mis anécdotas. Fue así como entendí que si no hay formas literarias en lo narrado, no se puede conmover y convencer al otro sobre lo que se cuenta. Por otro lado, aunque hubieran estado esas formas en mis historias, no podrían tener el poder de convocatoria para llamar a una revuelta social, pues se ha comprobado que la función de la literatura es sensibilizar al otro sobre el mundo que vive y nunca va a ser la vanguardia de una revolución; es en este sentido en donde los escritores comunistas se equivocaron al pensar que el arte serviría para crear una ideología social.

Las formas de narrativas son las que se van a encargar de sensibilizar al lector y tal vez esto provoque que vea al mundo de diferente manera, que quizá despierte en él otro punto de vista que lo hará crítico ante su sociedad. Son los diálogos, los personajes, las metáforas y la estructura, todos estos recursos narrativos se encargarán de sensibilizar al lector para que expanda su visión sobre el mundo que vive. Eso es lo que haría una buena literatura política: crear una perspectiva crítica a partir de lo estético, mostrando esa parte de la realidad que no se ve o lo que muchas veces no queremos ver.

Es verdad que la literatura no hace ese tipo de denuncia que intenta cambiar toda una sociedad, pero lo que sí puede hacer es criticar sus estructuras que coloca, en niveles distintos, el estilo de vida de las personas y eso se puede notar cuando un texto literario hace señalamiento de las desigualdades que hay dentro de un grupo social. Me viene a la mente el libro *Los de abajo* de Mariano Azuela, este es un buen ejemplo de lo que comento, pues Azuela muestra en su texto los abusos de los federales y hasta de los mismos alzados que se dieron durante la Revolución Mexicana; también evidencia las condiciones de vida que había entre las clases sociales de esa época.

Es importante tener claro cuál es la función de la literatura y su compromiso social. En la conferencia magistral *Literatura y política: dos visiones del mundo*, que dio Mario Vargas Llosa en el Instituto Tecnológico de Monterrey, habla sobre lo que es para él la *Literatura comprometida* y defiende la idea de que los escritores no pueden desprenderse de su realidad y dejar de hablar de ella, pero no para influenciar al lector de manera ideológica, sino desde el punto de vista literario-crítico. Para Vargas Llosa la literatura no debe depender de una época y mucho menos tiene que estar atada al presente, porque no trascendería y por tal motivo una buena obra literaria debe tener lectores hacia el futuro. Menciona que cuando hay un buen uso de las formas narrativas, cualquier texto puede despertar emociones y enriquecer nuestro conocimiento

hacia la realidad. Vargas Llosas está convencido que la política y la literatura no necesariamente tienen que estar separadas, son las formas las que van a encargarse de unirlos para mostrar esos mundos ficticios creados a partir de la realidad:

Yo estoy seguro que efectivamente es así, que esa literatura que es grande, lo es no sólo por razones estrictamente literarias, sino porque en ella, el talento, el dominio del lenguaje, la sabiduría en el uso de las formas sirve para que en nosotros se produzcan unos cambios, ya no sólo como individuos, amantes de la belleza literaria, sino como ciudadanos, como miembros de un conglomerado social. Creo que el efecto político, que se puede llamar político, de la literatura más visible es el de despertar en nosotros una sensación respecto a las deficiencias del mundo que nos rodea para satisfacer nuestras expectativas, nuestras ambiciones, nuestros deseos; y que eso es político, ésa es una manera de formar ciudadanos alertas y críticos sobre lo que ocurre en rededor.³

El reto que me puse en estos cuentos fue crear varias historias a partir de la realidad política de mi época, más no fue la intención de imponer una ideología política a través de ella como proponía Sartre. En una de mis clases de la universidad, un profesor comentó que se puede escribir del tema que sea: del amor, la traición, la melancolía, lo que sea es bueno, siempre y cuando se utilicen las formas literarias adecuadas para hablar de eso que nos inquieta como escritores. Me fui por lo político, opté por hacer literatura sobre lo que vivo día a día, como son los problemas sociales. He de reconocer que, al principio, mi ideología política tuvo más peso que mi creación y caí en la cuenta que crear cuentos políticos es peligroso, porque los ideales personales pueden influir en la narrativa y entonces entendí lo dicho por Julio Cortázar en *Literatura de la revolución y revolución en la literatura*:

Un novelista semejante no se fabrica a base de buenas intenciones y de militancia política, un novelista es un intelectual creador, es decir un hombre cuya obra es el futuro de una larga, obstinada confrontación con el lenguaje que es su realidad profunda, la realidad

³Vargas Llosa, Mario, *Literatura y política: dos visiones del mundo*, <http://www.sololiteratura.com/var/vargasconferencia.htm>, fecha de consulta 15 de noviembre de 2010.

verbal que su don narrador utilizará para aprehender la realidad total en todos sus múltiples “contextos”.⁴

Fue así como empecé a buscar las formas narrativas en mis cuentos, para observar la realidad en sus múltiples “contextos”. Cuando un libro se convierte en obra de arte, habla solo y sus palabras muestran los mundos que el autor describe en cada una de ellas, así como el criterio que tiene sobre su sociedad. Desde mi punto de vista, la literatura no pretende tomar un papel informativo de los sucesos que ocurren en la historia de nuestro país, para eso ya existen géneros como el periodismo que sí tiene el compromiso de hablar referencialmente de los tiempos históricos de su época. El papel que tiene la literatura es ver esa realidad desde otra perspectiva, pero sobre todo sensibilizar al lector ante ella.

La literatura no es una manera de huir o ignorar los acontecimientos de la vida diaria porque también forma parte de ella, por eso mi interés hacia las revueltas sociales como tema para crear estos cuentos, porque es algo que forma parte de mi entorno social y es imposible borrarlo de mi creatividad. La ficción no puede dejar de narrar sobre la realidad, se puede hablar de ella pero desde diferentes ópticas. El mismo Cortázar menciona que los textos literarios siempre están tocados por lo real, por lo cual ninguna obra es escrita desde la nada:

[...] ninguna realidad es concebible en el vacío; el poema más abstracto, la narración más delirante o más fantástica, no alcanza trascendencia si no tienen una correlación objetiva con la realidad, sólo que ahora se trata de entender la realidad como la entiende o la vive el creador de esas ficciones, es decir, como algo que por muchos lados y muchas dimensiones puede rebasar el contexto sociocultural, sin por eso darle la espalda o menospreciarlo.⁵

Los temas literarios dependerán de las obsesiones que tenga cada escritor y me queda claro que en nuestro país los problemas políticos de la sociedad, al menos lo que trato en mis

⁴Op.cit.p.50.

⁵Ibid.p.75

cuentos, no son de interés para escribir. Sí existan escritores que traten lo político en sus relatos, pero desafortunadamente no hay un trabajo literario. He de confesar que esto también me motivó para narrar sobre los problemas políticos de nuestro país, porque es algo que no se ha explotado en la literatura mexicana contemporánea. No son muchos los escritores en México que traten temas políticos de las dos últimas décadas. Paco Ignacio Taibo II tiene algunos textos literarios que abordan el tema, incluso escribió una novela junto con el Sub Comandante Marcos llamada *Muertos incómodos* en la que desde mi punto de vista, posee algunos cabos sueltos que impiden el cierre de la historia. En este texto se nota el deseo de denunciar, pero no cumple con la función de transmitir ese mundo que ven ambos autores y tiene que ver que el trabajo estético no está bien realizado.

Al buscar información sobre el tema del que he venido hablando, me encontré con el texto de un escritor puertorriqueño llamado José Luis González, en donde menciona los motivos por los cuales los escritores mexicanos dejaron de narrar de política y sobre la nueva moda de la literatura que surgió en los años cincuenta, época en la que él llegó a México. Comenta que en aquel entonces los escritores ya no querían hablar de revoluciones y campesinos. González habla de la nueva escritura citadina que se estaba creando en esa época; el crecimiento de la urbanización era el tema innovador del momento y, por si fuera poco, la influencia de los escritores extranjeros hizo que se despreciara la tradición literaria nacional. Agrega que quienes crearon obras de arte a partir de los hechos revolucionarios, lo hacían desde otro punto de vista:

Esa vocación imitativa los llevó, como era natural, a despreciar su propia tradición literaria nacional, excepción hecha de los llamados “Contemporáneos”, que habían sido los extranjerizantes (talentosos por cierto) de la gente anterior. Pero los “Contemporáneos” habían sido los portavoces literarios de otra clase social, la vieja burguesía que siempre vio con malos ojos a la Revolución populista de 1910. De los “Contemporáneos” heredaron los jóvenes del 50, junto con su sana preocupación por el rigor formal, una aversión mucho menos sana a la rica tradición de compromiso artístico

con la realidad nacional: la novela de la Revolución, el muralismo, la música de sería inspiración popular... En una cosa tenían razón los jóvenes: los continuadores de aquella tradición, al abandonar la búsqueda de nuevas formas expresivas, habían caído en el estereotipo, en la estéril repetición de sus aportaciones originales, dando lugar a la oficialización de la tradición con fines demagógicos que no tenían nada que ver con sus primigenios espíritus revolucionarios. El error de muchos de los jóvenes, de muchos de los mejores dotados cuando menos, fue, creo yo, confundir el agotamiento de una fase de la tradición con la tradición misma.⁶

González aclara por qué en México los escritores no tienen interés en escribir sobre la realidad política que vivimos, pero, además, pone en entredicho si realmente existieron textos literarios que narra desde el punto de vista de las clases desprotegidas. Aunque en el mismo texto sí reconoce a algunos escritores que lo hicieron e incluso escribieron grandes obras literarias como José Revueltas. Sé que quien dice esto es un escritor extranjero, pero es alguien que vivió esa época mexicana en donde los cambios literarios se estaban dando a la par de la entrada de los cambios culturales que surgieron a raíz de la llegada del avance tecnológico. Sí han existido escritores en nuestro país interesados en mostrar la percepción de la realidad política a través de sus relatos, pero son pocos, la mayoría se encuentra narrando desde otros ángulos de la vida.

Quienes ficcionan la Historia

Los escritores que he leído, ya sea de cuento o novela, han estado involucrados en la vida política de su país y en sus textos literarios se representa esa realidad a la que han pertenecido, así como sus preocupaciones hacia ella. En mi etapa de adolescencia conocí a Rosario Castellanos, gracias a *Balún Canán*; en esa novela se nota las inquietudes de la escritora sobre la realidad que vivió. No conocía nada sobre la autora, ni siquiera su procedencia, pero la lectura me dejó claro que la

⁶José Luis, González, “El arte del cuento” en *Teorías del cuento (Tomo III)* de Lauro Zavala, UNAM, 2008, p. 162.

discriminación hacia las mujeres y los indígenas era uno de los temas que le ocupaban. Otro escritor que he leído es José Revueltas, quien en varias ocasiones pisó la cárcel por sus actividades políticas; su encierro provocó que creara varios textos literarios con temas políticos. Entre sus más famosas novelas está *El apando* escrita durante su encarcelamiento en Lecumberri por haber participado en el movimiento estudiantil de 1968; en esta historia se ve representada su experiencia en esta prisión.

Las secuelas que dejó el movimiento estudiantil del 68 fue una ola de guerrillas en el estado de Guerrero, las más conocidas fueron encabezadas por Genaro Vázquez en San Luis Acatlán y Lucio Cabañas en Atoyac. En *Guerra en el Paraíso*, Carlos Montemayor recrea a estos dos personajes que pusieron en jaque al gobierno mexicano durante mucho tiempo. Al inicio de la lectura, el autor presenta a los dos líderes guerrilleros más importantes que ha tenido la Sierra de Guerrero. Tal pareciera que la muerte de Genaro Vázquez da lugar al nacimiento de Lucio Cabañas. La Costa Chica se viste de luto mientras La Costa Grande pare a un nuevo líder guerrillero. *La guerra en el paraíso* comienza en Atoyac, un poblado que se encuentra rodeado por la vegetación de las montañas guerrerenses que hacen de él un verdadero paraíso. Estos son algunos escritores mexicanos que han narrado a partir de lo que les obsesiona y son sus formas de llevar la realidad a la ficción las que más me agradaron.

Curiosamente he leído a más escritores extranjeros que mexicanos que escriben sobre los problemas políticos, será porque en nuestro país son pocos los que hablan del tema en sus textos. He de reconocer que me gustan los textos de Mario Vargas Llosa y aunque no concuerde con su ideología política, para mí es un gran maestro en la narrativa realista. Una de sus más reconocidas novelas por su manera de representar la realidad, es *La guerra del fin del mundo*. Vargas Llosa hace referencia a un acontecimiento real que sucedió en Brasil a finales del siglo XIX, en esa época surgió un movimiento religioso en un lugar llamado Canudos cuando el país pasaba por

una crisis política. El gobierno reprimió a este grupo de religiosos porque decía representar la rebeldía y era un peligro para la sociedad, por lo que se convirtió en una de las más violentas masacres que ha vivido el país brasileño y Vargas Llosa retoma este problema social para crear su propia historia.

Nadime Gordimer y John Maxwell Coetzee son dos escritores sudafricanos cuya prosa me agrada por cómo representan su realidad política. Esto se aprecia en la novela de Gordimer *La hija de Burger* y en *Esperando a los bárbaros* de Coetzee, en estos dos libros hay una preocupación por el racismo y la discriminación que se ha vivido en el país de los dos escritores. Lo atractivo de estas novelas es el punto de vista tan diferente que tiene cada una sobre el tema y ambos autores dejan ver su interés hacia la política y la literatura. Gordimer se inclina más por denunciar y se olvida un poco de las formas y Coetzee logra balancear ambas cosas en su narrativa. Pero esto que afirmo no significa que Gordimer sea mala escritora, creo que tiene la técnica para narrar y logra proponer algo en la literatura. Sin embargo, lo legible de su lectura no logra que sus lectores reflexionen sobre el tema que plantea en esta historia. Me parece que si existe la intención de querer denunciar a través de la literatura, primero tiene que haber un compromiso literario para que se cumpla el objetivo de evidenciar un suceso. En el texto *Para una literatura comprometida* de Ignacio Sánchez Prado comenta que:

(...) la literatura comprometida no se enfoca exclusivamente en la lucha social, sino que su propósito es la discusión ficcional del *Zeitgeist* o espíritu de época. Por ello, la pregunta crítica crucial es qué tanto la literatura representa no la realidad, sino la percepción del mundo, el imaginario y las preocupaciones de una época creativamente. Esta última palabra es clave y es donde radica la diferencia central entre Gordimer y Coetzee.⁷

⁷ Sánchez Prado, Ignacio, "Para una literatura comprometida", en *La Jiribilla de papel*, núm. 57, La Habana, Cuba, febrero 2006, Pp. 3-7.

Algunos escritores que he presentado hasta el momento, han demostrado un compromiso con la literatura y gracias a ello logran transmitir su opinión sobre los problemas sociales de su época. Esto pasa en la novela *Sostiene Pereira* de Antonio Tabucchi, en esta narración se representa los problemas sociales por los que estaban atravesando los países europeos en los años treinta como Portugal, que es el país en donde se desenvuelve la historia. La censura, la represión, la persecución y el exilio son temas que van envolviendo al personaje principal de esta novela. La técnica narrativa que utilizó el escritor para evidenciar un conflicto social, logra que el lector recree el conflicto social que se vivía en aquel entonces en Portugal. Ricardo Pligia en su texto *Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)*, comenta que “lo más importante de una historia nunca debe ser nombrado, hay un trabajo entonces muy sutil con la alusión y con el sobrentendido que puede servirnos”. Gracias a la sutileza de Tabucchi, se deja implícito los acontecimientos políticos que van surgiendo en su historia, que hacen referencia a la realidad europea de los años treinta.

Podría seguir con una larga lista de escritores que han narrado a partir de una realidad política, pero no quiero que esto se convierta en una enciclopedia y me limito a mencionar los que han sido para mí, de cierta manera, una influencia. Al hacer este breve recorrido literario, pude percibir que he leído más novelas que cuentos con el tema que a mí me preocupa. Al principio creí que las revueltas sociales únicamente se pueden tratar en las novelas por su extensión, porque considero que los problemas políticos dan mucho para escribir. En una de mis clases de novela, la profesora que impartía el curso comentó que desgraciadamente la novela es más leída que un libro de cuentos y por eso la mayoría de las editoriales aceptaban más a la novela por ser un libro comercial. Tal vez éste sea un fuerte motivo por el cual los escritores que escriben sobre problemas sociales prefieran crear una novela que un cuento. A raíz de la explicación de mi profesora, comprendí por qué hay en mi librero más novelas que libros de

cuentos. “El matadero” de Esteban Echeverría es uno de los cuentos que encontré entre mi pequeña biblioteca personal y es considerado como el primero en escribirse en Argentina, gracias al trabajo artístico con la que fue creado, lo coloca como uno de los mejores. Hago referencia al cuento de Echeverría para ver cómo este género literario trata los temas sobre los conflictos sociales. El autor utiliza la crisis política por la que pasaba el país argentino en el siglo XIX para crear su historia ficticia y logra a través de ella hacer una crítica social; transmite una serie de sentimientos que van causando horror y repugnancia hacia la violencia que se describe en la anécdota. Es en “El matadero” en donde nos enteramos que Argentina vivió una época en donde sus estructuras políticas se encontraban en crisis. También el autor evidencia a una sociedad que vivía en la extrema pobreza conformada por mulatos, gente de color, extranjeros y mestizos. A grandes rasgos éste es el contexto político del cuento de Echeverría, en donde la disputa del poder es envuelta por una ola de violencia y es ahí en donde se centra el escritor en su relato, pues se narra perfectamente un ambiente lleno de sangre. En este cuento se puede ver cómo la realidad es llevada a la ficción y demuestra que la política puede estar en el arte literario.

José Revueltas es otro escritor que involucra lo político en su narrativa como se nota en el cuento “Los hombres en el pantano”. El autor no aporta tantos datos sobre el contexto social de la anécdota, pero la referencia que da sobre el origen de los personajes se puede intuir que es en la Segunda Guerra Mundial en donde ocurre el acontecimiento de este relato. A esto se refiere Piglia al decir que no es necesario mencionar los acontecimientos más importantes de la anécdota, van implícitos en la narración y esto se logra con un buen manejo en las formas literarias. En el cuento de Revueltas, se sobre entiende que Estados Unidos y Japón fueron los países que tuvieron una de las batallas más sangrientas a finales de la Segunda Guerra Mundial. Al contrario de Echeverría, Revueltas no describe a detalle los sucesos de la realidad que se representan en su cuento, pero eso no le impidió dejará su crítica social a través de la ficción.

El cuento de José Revueltas me recuerda al “Operativo en el Trópico” de Carlos Montemayor que habla sobre un hombre que fue herido durante una batalla, en esta historia no se menciona el lugar en donde se lleva a cabo el enfrentamiento, pero por las descripciones que da sabemos que la acción ocurre en un pueblo cercano a una selva. En la anécdota no son dos países peleando, sino guerrilleros y militares. Por lo que ya se conoce del escritor y de los temas que aborda para crear sus anécdotas, no dudo que *Operativo en el Trópico* está basado en las guerrillas que nacieron en los años setenta en la sierra de Guerrero, todo parece indicar que así es por los lugares que se describen y es en esta parte en donde se ve la realidad de los conflictos sociales de una época de la cual el autor fue testigo.

Hasta ahora he presentado tres cuentos que han abordado la realidad en la ficción desde diferentes perspectivas y ninguno de ellos deja de hacer una crítica social. En las tres narraciones se notan diferentes estilos literarios, que permiten ver una evolución artística para tratar temas con carácter político. Por decir, Echeverría es un escritor que dice directamente el contexto en donde ocurren sus anécdotas, esto hace que su señalamiento hacia un problema social sea evidenciado con facilidad y no da la oportunidad al lector de imaginar los acontecimientos que se presentan en sus relatos. José Revueltas acude poco a la descripción para decirnos quiénes iban a la Segunda Guerra Mundial en las cuadrillas estadounidenses. Carlos Montemayor es más poético en su narrativa y utiliza una técnica parecida a las obras de teatro griegas en donde había un coro como narrador.

El cuento “La huelga” de M. Gorki se enfoca en un problema social, narra una revuelta de obreros de tranvías que se encuentran protestando por las malas condiciones en las que trabajan. Ya había mencionado una novela de este autor y es notable su interés por escribir sobre la clase proletaria, esto se debe a que creció como escritor en una época en donde los ideales políticos influenciaban a la literatura. En los cuentos de Montemayor y de Revueltas se nota una

transformación en las formas literarias, pues existe una economía de lenguaje que permite despertar la imaginación del lector durante la narración.

Al terminaba de leer a los autores mencionados, me preguntaba si sus textos literarios eran el producto de un desahogo psicológico, porque muchos de ellos vivieron experiencias fuertes como el estar en la cárcel. Obtuve la respuesta al escribir mis propias historias. Comprendí que cuando uno es testigo o protagonista de los sucesos de carácter político, esos acontecimientos dejan huella en la visión del autor, consciente o inconscientemente, empieza a escribir sobre lo que les incomoda de su realidad. Hay una necesidad de expresar lo que han vivido y de alguna manera se tiene que manifestar. Seguramente muchos disientirán con lo que estoy diciendo, pero no he leído a ningún escritor, ya sea realista o no, que omita experiencias vividas en sus textos. Algunos encuentran la música, la pintura, la danza, entre otras áreas artísticas para dejar salir la forma en que ven el mundo real y la literatura también es una manera de hacerlo.

Hay quienes afirman que el ejercicio de la literatura no sirve como terapia psicológica y tal vez tengan razón. Lo que sí creo es que escribir, al menos en mi experiencia, aligera un poco la carga emocional que provocan ciertos acontecimientos sociales. Pienso que a nadie le gusta quedarse callado, por eso cada quien busca la manera de hablar, y para mí crear historias, es la vía de hacer que se escuche mi voz. Todos los escritores dejan ver el mundo en el que se desenvuelven como narradores y, la forma en que lo hacen ha logrado provocar algo en los lectores, como fue mi caso con la novela *Balún Canán* de Rosario Castellanos. Cuando leí esta historia quise viajar a Chiapas y así lo hice, quería conocer los lugares que describía la escritora. Deseo, curiosidad e indignación, eso fue lo que Castellanos me provocó con su historia. Después de algunos años tomé un camión rumbo a San Cristóbal de las Casas y de ahí a Comitán, en donde desayuné en un café llamado *Balún Canán*. En ese viaje conocí la discriminación social

que describe Castellanos en su novela, también tuve la oportunidad de estar en contacto con el mundo indígena chiapaneco. En la zona en donde estuve, los indígenas ya no agachan la cabeza ante los hacendados, se habían rebelado como en *Balún Canán*. Castellanos transmite lo que vivió y lo que pensaba de su época, porque recordemos que viene de una familia hacendada con la fama de ser una de las que más explotaba a los indígenas chiapanecos.

Durante mucho tiempo he deseado encontrar una novela que hable sobre el movimiento estudiantil del 68 que me muestre desde otra perspectiva el acontecimiento, así como lo hizo Rosario Castellanos, pero desgraciadamente no ha sido así. Los pocos textos literarios que he encontrado hablando sobre el tema, no han logrado lo que hizo Castellanos en mí. Algunos que vivieron en carne propia este acontecimiento, se dieron a la tarea de narrar la matanza estudiantil del 2 de octubre; sin embargo, estos textos no han tenido mucho impacto en la literatura. Aralia López González en su texto *Otra vez la narrativa Tlatelolca (René Avilés Fabia y su Nueva Utopía)*, considera que los textos del 68 son testimonios personales que no han dejado nada innovador para la literatura, incluso propone hacer un análisis profundo de estos escritos para verificar si existe una narrativa diferente a la que aportó la Revolución Mexicana, pero desde su punto de vista cree que no es así. La autora reconoce que existen algunos casos de esta literatura testimonial con un manejo estructural artístico como es el caso *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska, pero dice que no hay nada innovador en este libro. También menciona que en la mayoría de los escritos se recreó el trauma psicológico de los escritores que vivieron ese 2 de octubre de 1968 en la plaza de Tlatelolco:

 Pero también en los textos más cercanos a los hechos se recreó la experiencia traumática que se expresó en muchos de ellos, como colapsos de la razón y de la imaginación utópica, en cuyos intersticios creció el sentido de impotencia junto con el resentimiento. La pulsión de muerte, que diría Freud, habitó la escritura literaria con las brutales imágenes de la matanza de Tlatelolco: imágenes de violencia a exorcizar. ¿Catarsis?

Seguramente y más si recordamos a Aristóteles. En este caso, en la doble vertiente del autor-lector. Se trata de una de las funciones de la literatura, a condición, claro está, de que se cumpla dentro de sus principios estéticos. ¿Testimonio? ¿Crónica? También sin duda, lo cual no resulta nada novedoso en la tradición literaria latinoamericana y, por lo mismo, en la mexicana.⁸

Tal vez muchos escritores del 68 buscaban una purificación a través de la literatura como una manera de desahogo de su experiencia vivida y se olvidaron de las formas literarias, pues su interés narrativo se enfocó en su estado emocional-traumático; esto se nota en el libro *Los días y los otros años* de Luis González de Alba en donde el escritor no logró transmitirme su visión y sentir hacia el suceso que narra en esta novela. No sé si en algún futuro nazca la novela del 68 que se espera, a lo mejor no es necesario que la escriba alguien que vivió este acontecimiento, igual puede ser alguien no cercano a la época. Es difícil escribir a partir de lo vivido porque en ocasiones el impulso por evidenciar un suceso, pesa más que la creatividad y por tal motivo algunas obras literarias son fallidas.

Algunos de mis cuentos fueron narrados a partir de una experiencia propia y otros no. En el cuento *Los estragos de la batalla*, se hace referencia a un acontecimiento real ocurrido en el pueblo de San Salvador Atenco, Estado de México en el 2006. No estuve presente los días 3 y 4 de mayo de ese año cuando el gobierno reprimió a los pobladores de Atenco, pero sí fui testigo de la coyuntura política que se estaba creando con los campesinos de esos lugares. Muchos apoyábamos al Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra, aplaudíamos su victoria del 2001 cuando lograron suspender la construcción del aeropuerto en Texcoco. En el 2006 algunas organizaciones sociales y el FPDT fortalecieron el trabajo colectivo y amistoso, por esa razón, lo que pasó en ese año hirió a quienes conocíamos de cerca a los habitantes de Atenco y lastimó a

⁸Ariala, López González, "Otra vez la narrativa tlaxcalteca (Réne avilés Fabila y su Nueva Utopía)" en *Cuento y Figura (la ficción en México)* de Dr. Pavón Alfredo, Universidad Autónoma de Tlaxcala, México, 1999, p. 223.

todos los que teníamos un lazo de amistad y de trabajo con los pobladores. Quienes fueron reprimidos esos días de mayo, vivieron para contar su amarga experiencia. Este suceso me sensibilizó, porque lo vi de cerca y muchas personas a las que estimo fueron violadas y golpeadas. Había en mí mucho enojo e impotencia, así que me refugié en lo que más me gusta, la literatura, y escribí con toda la rabia que traía creyendo que había creado un cuento. Tomé la historia de un amigo que escapó de ser encarcelado durante los días de la represión en Atenco, pero desde los primeros párrafos las formas literarias estaban ausentes y el resentimiento se sentía en toda la narración de la anécdota. Catarsis, eso era lo que había escrito.

Recuerdo el libro *Un cuarto propio* de Virginia Woolf, en él la autora hace un análisis sobre cómo algunas escritoras narran a partir de su realidad y que en ocasiones dejan escapar el resentimiento de sus experiencias a través de la literatura. Woolf menciona que no es malo escribir desde ese sentimiento, inclusive dice que como ejercicio está bien, porque es parte del proceso para la madurez creativa, pero que también hay que saber cómo soltarlo para que no se convierta en un estorbo en nuestro quehacer literario. Virginia Woolf señala que es importante aprender a superar los resentimientos para que nuestras historias no se queden ahí, en el resentimiento, y así puedan desenvolverse en el mundo de la ficción. La autora de *Un cuarto propio* centra su discusión en el género femenino, pero la pongo como ejemplo porque las mujeres también han formado un movimiento social del que ya se ha creado bastante literatura respecto a la desigualdad del género femenino. Woolf hace una reflexión sobre la realidad en la ficción y el compromiso literario, pero centrada en las mujeres escritoras que luchan por sus derechos. Como he dicho anteriormente, tanto hombres como mujeres escritores, siempre buscarán los temas que más les preocupa o inquieta para contar sus historias, pero todo dependerá de cómo lo hagan.

De la Historia a las historias

Es naturaleza del ser humano contar las experiencias vividas. Siempre queremos divulgar lo que oímos del otro, lo que vemos durante el día, lo que leemos en los periódicos. Estas historias, al igual que el cuento, tienen también un principio, un desarrollo, un desenlace, son breves y atrapan nuestra atención al instante. Enrique Anderson Imbert, en su texto *La ficción y la literatura* menciona que:

Esa persona está viviendo normalmente un presente, en un presente abierto al porvenir. De súbito un incentivo cualquiera le despierta un recuerdo o las ganas de inventar una aventura. Su vida, abierta al porvenir, ha entrado en momentánea clausura: ahora esa persona se prepara para referirnos un enlace, real o imaginario, que transcurrió en un tiempo pretérito. No es un charlatán. Aunque lo fuera no podría abusar. En una reunión ordinaria, el peor de los charlatanes no podría apoderarse de la palabra y durante horas y horas abusar de ella para relatarnos una aventura tan larga como *Don Quijote de la Mancha*. Si intentara hacerlo lo interrumpiríamos o nos marcharíamos dejándolo solo.⁹

Así como las historias que escuchamos en la vida diaria, también el cuentista tiene que acortar su anécdota para atrapar la atención de su lector, es decir, “en el plano de la vida el impulso psicológico de una persona que en una conversación se dispone a narrar es breve; y en el plano de la literatura es breve el impulso de narrar del cuentista.”¹⁰ A veces, en las mismas conversaciones que tenemos a diario nos encontramos con sucesos que nos impactan y creemos que tenemos un buen relato que narrar, al menos eso fue lo que me pasó con una entrevista que realicé hace algunos años, fue a un amigo que vivió la represión del 3 y 4 de mayo del 2006 en San Salvador Atenco y que escapó del encarcelamiento. La entrevista se realizó al terminar una marcha como protesta para exigir la liberación de los presos políticos y castigo para quienes cometieron abuso de autoridad. Sentado en la banca de un parque, mi amigo me platicó cómo fue

⁹Anderson Imbert, Enrique, *Teoría y técnica del cuento*, Ariel, Barcelona, 1999, p.24.

¹⁰Ibid.p.26.

que escapó de ser detenido por la policía. Me contó que fue gracias a una señora y su esposo que logró salir del pueblo sin ser visto por los granaderos. Eran quince las personas que se encontraban escondidas en la casa de un carpintero y entre ellos había un joven herido en la cabeza por el impacto de un misil de gas lacrimógeno. Cuando se enteraron que los granaderos saqueaban las casas en busca de los rebeldes, con perros rastreadores, se untaron en todo el cuerpo vinagre, jabón y orines para distraer el olfato de los animales. Fueron casi diez horas de estar escondidos y durante todo ese tiempo se comunicaban con el exterior a través de un celular, para pedir una ambulancia porque su compañero se moría; incluso lograron comunicarse con el subcomandante Marcos, quien les dijo que se entregaran, porque era más fácil sacarlos de la cárcel a ellos que a su compañero de la tumba. Por último, el joven me dijo que cuando se cercioraron de que la intervención de los granaderos había disminuido en el pueblo de Atenco, salieron de su escondite de dos en dos y al herido se lo llevaron en un carro colectivo para el hospital.

Ahí tengo una historia que contar, me dije después de un año de haber realizado la entrevista. *Los estragos de la batalla*, así titulé el cuento y al leer el primer borrador, me di cuenta que sólo transcribí la entrevista. Mi indignación por los hechos ocurridos en Atenco estaba perfectamente expresada en lo escrito, pero aquello no era un cuento. ¿En qué había fallado?, me pregunté varias veces hasta llegar a la conclusión que olvide las formas narrativas. No estaba imaginando el sentir de esas quince personas escondidas en la casa del carpintero, la angustia, el miedo y la impotencia de cada uno. A pesar de ser un hecho impactante, no lograba representarlo en el cuento y la unidad de impresión no aparecía en el primer borrador, así que lo deshice y nuevamente comencé a escribir. Por un momento llegué a creer que era imposible hablar de cualquier historia a partir de la realidad, pero después comprobé que sí es válido hacerlo: la cuestión está en cómo se narra. Y eso fue lo que hice, comencé a buscar las formas para narrar lo

que quería decir, dejé escapar la imaginación en donde fueron apareciendo una casa color azul, el zaguán negro, el sonido de los balazos, un helicóptero rastreando gente, los diálogos, los olores, pero sobre todo los personajes. Nada de esto me había contado mi amigo y mucho menos me describió la casa, yo lo tuve que imaginar a partir de su relato para crear la mía propia. Son las técnicas artísticas las que se encargaran, a través de la imaginación, de unir la realidad y la ficción para crear un mundo que deja ver la perspectiva del escritor sobre aquellos acontecimientos que vive.

La mayoría de estos cuentos surgieron de historias reales que viví y otras que me fueron contadas. El cuento *Porque suenan los tambores*, nació por un relato de una amiga que fue reprimida y encarcelada junto con su hermana en el 2004 durante una manifestación realizada en Guadalajara. Fue en una charla en donde se me describió la manera en que fue torturada, me dijo que desnudaron a todas las mujeres detenidas y las pusieron hacer sentadillas durante varias horas, y que constantemente los policías las amenazaban con violarlas por andar de “revoltosas”. Mi amiga y su hermana fueron las primeras en salir de la cárcel de Guadalajara, gracias a la cuantiosa fianza que pagaron sus padres. El cuento que escribí con este suceso, lo reforcé con otros relatos que leí en los periódicos y en las páginas de internet que hablaban sobre la represión de Guadalajara.

Hace un tiempo, un amigo vidente me decía, que bastaba con tocar las cosas o a las personas para imaginar cómo eran, pues así me sentía, los relatos de mis amistades me hicieron tocar a mis personajes a ciegas y me puse a imaginar cada una de sus características. Cuando supe que había llegado el momento de darles vida en el papel, comencé a escribir sus características, pensamientos y sentimientos de los protagonistas de mis anécdotas.

La génesis de mis personajes

En estos cuentos del libro *Si no puedo narrar, no es mi revolución*, existe una variedad de personajes, cada uno con sus respectivas características. Antes de comenzar a escribir los cuentos, pensé primero en las personas de mis historias, no quería trazarlos en el papel sin antes tener claro quiénes eran aquellos seres que protagonizarían las anécdotas. La creación de los personajes fue influenciada por aquellos con los que viví algunas experiencias. No perdía detalle de aquellas personas con las que viajaba, las que conocía en los lugares que visitaba, con las que paseaba por el parque, con los que iba al bar, con los que salía a las calles a protestar, todos y cada uno de ellos me iban aportando elementos para crear a mis personajes. No quería hacer una calca de la gente real que conocía, sino crear otros seres a partir de las características propias que tiene la realidad. Parecía que le iba quitando a cada persona que se cruzaba en mi camino un pedazo de su fisonomía y sus cualidades. Por un momento me sentía Víctor Frankenstein, porque tomaba un trozo de esa persona, otro de aquella y uno más de él o ella, entonces obtuve mis propios monstruos.

Las personas ficticias son creadas por una persona real y es ahí en donde se marca la diferencia entre la realidad y la ficción. E. M. Forster dice que un personaje ficticio es real cuando éste es capaz de convencer al otro de su existencia y es así como “se crea un tipo de realidad nueva y que nunca podremos encontrar en la vida cotidiana”¹¹. Forster aporta una discusión sobre la creación de los personajes en la novela, pero yo la tomo como ejemplo porque para mí, el proceso por el que pasan el cuentista y el novelista para crear a sus personajes es el mismo. Menciona Forster que a través de la literatura se puede escuchar y conocer a los personajes ficticio, algo que no se puede hacer con las personas reales.

Hace mucho tiempo conocí a un hombre en las montañas de Guerrero, por La Costa Chica

¹¹ Morgan Forster, Eduard, *Aspectos de la novela*, Madrid, Debate, 1995, p.69.

y fue gracias a una entrevista que me enteré un poco de la comunidad mixteca donde nació; a partir de la información que ya tenía sobre él, trate de imaginar sus pensamientos y sentir sobre la realidad que vivía en su comunidad indígena. Fue así como nació el protagonista del cuento *El encuentro*, quien me mostró esa otra parte que no conocía de la persona real, esto es a lo que se refiere Forster al decir que la ficción rompe con la vida cotidiana y nos hace ver otra realidad distinta a la que vivimos o más bien, nos muestra otra faceta. E.M. Forster hace un análisis interesante de los personajes ficticios o como él los nombra, de los Homo Fictus:

El Homo Fictus es más escurridizo que su pariente. Es una creación de la mente de centenares de novelistas distintos con métodos de creación contrapuestos: así que no cabe generalizar. Sin embargo podemos decir algunas cosas de él. Nace, por lo general, como un paquete, puede seguir viviendo después de morir, necesita poca comida, poco sueño y esta infatigablemente ocupado en relaciones humanas. Y, lo más importante, podemos llegar a saber más de él que de cualquiera de nuestros congéneres, porque su creador y narrador son una misma persona. Si tuviéramos aptitudes para la hipérbole, exclamaríamos: “Si Dios pudiera contar la historia del universo, el universo entero se convertiría en ficción”.¹²

Los escritores son como una especie de Dios, porque todo o casi todo ven y saben de esos mundos ficticios que crean en cada historia narrada. En el cuento *Porque suenan los tambores* el narrador es el personaje principal. El lugar y el contexto en donde se desenvuelve permite crear sus características. Aquí quise representar a un joven ciudadano, a un *chilango*. Aclaro, con este personaje no estoy diciendo que así es toda la gente en la ciudad de México y tampoco todos los luchadores sociales. Al crear al personaje de este cuento pensaba mucho en mis amigos activistas e iba recreando su forma de ser, de pensar, de caminar, de vestir y de cómo se desenvuelven en la ciudad. También tomaba en cuenta su familia, el lugar en donde crecieron, sus estudios académicos, sus círculos sociales, factores que me ayudaron a construir a mi personaje. Sólo así

¹²Ibid., pp. 61-62.

pude ver más allá de lo visible como dice Forster, porque es importante aclarar que este cuento está basado en un hecho real que utilizo como contexto, para escribir mi historia.

Lo mismo pasó con el personaje del cuento *Falta poco para que amanezca*, que es una mujer quien narra la historia; ella vive en las montañas chiapanecas y es guerrillera e indígena. Para crearla tuve que pensar en toda las mujeres indígenas que conocí durante mi viaje a las montañas de Chiapas, recordaba los momentos compartidos con algunas mujeres que viven a casi diez horas de San Cristóbal de las Casas. Tomé un poco de la niña, de la joven, de miliciana, de la capitana, de la comandanta y de la anciana; de todas ellas nació el personaje llamado Ana. En parte, Ana también se creó pensando en aquella mujer que tomó San Cristóbal de las Casas aquel 1° de enero de 1994 llamada Ana María, pero Ana, mi personaje, no sólo es esa mujer que puso bajo su mando a una de las ciudades más importantes de Chiapas, también es todas aquellas mujeres que se levantaron en armas ese año.

Es importante que la forma de ser de cada uno de los personajes concuerde con la época y la sociedad que vive en la historia. Es verdad que en el cuento no es necesario dar muchos detalles sobre la vida de los personajes porque va implícito en la anécdota, pero en mi caso creí necesario conocer (aunque no lo mencioné en mis cuentos) sus antecedentes familiares, amigos, edad, lugar de nacimiento, ocupación, pasatiempo, características y clase social, puesto que narro a partir de la realidad. Por otro lado, pienso que la creación de los personajes, tanto en el cuento como en la novela es igual de importante, pues gracias a ellos existen las historias y son los que van a darnos una anécdota que contar.

Que hablen mis personajes

Me parece que uno de los elementos con mayor importancia para poder crear a los seres ficticios, es el lenguaje, hay que saber utilizar el adecuado para que puedan expresara sus pensamientos y sentimientos. He mencionado en diversas ocasiones que la ficción es una representación de lo real y por lo tanto, el lenguaje forma parte de ello. Sabia que de la realidad tenía que sacar la manera de hablar de mis personajes, por eso cuando iba en el Metro o en el microbús prendía mi cerebro como una grabadora y comenzaba a memorizar la forma de hablar de todas esas personas con las palabras que tenía interacción de alguna manera. Muchas veces me preguntaba si esas frases se podían llevar a la ficción y de ser así, cómo lo haría. Durante muchos años me dediqué al teatro y algo que hacía para representar a mis personajes, era fijarme en las personas de la vida real, tanto en sus movimientos como en su lenguaje, para poder llevar al escenario a ese ser ficticio. Eso es lo que traté de hacer en el cuento: imitar a las personas reales para hacer una buena representación de la realidad.

Representar el lenguaje real en los cuentos que he escrito, ayudó a dar el efecto político que estaba buscando en las anécdotas. Pienso que el lenguaje coloquial es el adecuado para que mis personajes puedan transmitir la visión que tienen hacia mundo en el que viven. Para que las personas ficticias sean verosímiles, hay que hacer que éstas hablen como las reales y me parece que es algo que pocos escritores hacen. Ricardo Piglia en su texto *Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)*, menciona que a veces los escritores representan el lenguaje que impone el estado o las academias y no el real, por eso dice que la literatura se encuentra fuera de contexto, porque en ella no se representa el lenguaje social:

En definitiva la literatura actúa sobre un estado del lenguaje. Quiero decir que para un escritor lo social está en el lenguaje. Por eso si en la literatura hay una política, se juega ahí. En definitiva, la crisis actual tiene en el lenguaje uno de sus escenarios centrales. O tal vez habría que decir que la crisis está sostenida por ciertos usos del lenguaje. En nuestra

sociedad se ha impuesto una lengua técnica, demagógica, publicitaria (y son sinónimos), y todo lo que no está en esa jerga queda fuera de la razón y del entendimiento. Se ha establecido una norma lingüística que impide nombrar amplias zonas de la experiencia social y que deja fuera de la inteligibilidad la reconstrucción de la memoria colectiva.¹³

Concuerdo con Piglia y pienso que la mayor parte de la representación de la realidad en la ficción, está en el lenguaje y por lo tanto tiene que apegarse a ella. Cuando voy de viaje a otros estados del país, a veces la gente identifica mi procedencia por mi forma de hablar, dicen que quienes vivimos en la Ciudad de México tenemos una peculiaridad en nuestro lenguaje que es fácil de reconocer nuestra procedencia. Eso era lo que buscaba, que la lengua de mis personajes sugiriera su forma de ser e identificara a qué lugar pertenecían. En el cuento *Porque suenan los tambores* quise que mis personajes fueran ciudadanos y por eso trate que hablaran como tales. Con esto no estoy diciendo que así hablan todos los que viven en la Ciudad de México. La verdad, no fue tan difícil crear las frases para los diálogos de este cuento, porque estoy muy familiarizada con las palabras que empleo en la historia, lo único que hice fue buscar la forma literaria para darle voz a mi personaje.

El lenguaje que utilizo en el personaje del cuento *Falta poco para que amanezca* es más metafórico. Si hay algo que me gusta de los indígenas, es su forma de ver el mundo, la palabra para ellos es muy valiosa y es por eso que le guardan respeto a la hora de utilizarla para expresar el mundo que ven; su lenguaje está lleno de metáforas e imágenes, eso hace que cada una de sus frases se escuche líricamente. Así quería que hablara Ana, la protagonista de esta historia, porque no podría ser de otra forma.

No quisiera meterme mucho en la discusión que hay sobre la lengua, porque implica entrar en terrenos de la lingüística y ese no es mi tema. Pero sí me gustaría mencionar que utilizo

¹³Ricardo, Piglia, “Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)”. Revista Casa de las Américas, núm. 222, enero-marzo de 2001, pp.11-21.

un lenguaje coloquial, es decir, empleo variaciones de la lengua, llamadas *jerga*, en donde las palabras se pronuncian y se escriben de manera diferente pero cuyo significado sigue siendo el mismo, y sólo un grupo social se identifica con ellas. Es ese lenguaje popular que utilizan los personajes de estas historias.

Al buscar la representación de dicha oralidad, me di cuenta que había dos tipos de lenguajes en mis cuentos: uno es el que utilizo como escritora y otro el que emplean mis personajes para hablar. Para explicarme un poco: el primero es el que usan los personajes a partir de su forma de ser y pensar, su lenguaje va de acuerdo a su lugar de origen y procedencia de cierto grupo social al que pertenecen. El otro tipo de lenguaje es el que empleo como escritora que no es el mismo al de Ana, el personaje del cuento *Falta poco para que amanezca*, inclusive es distinto al que emplean mis narradores, porque cada uno de ellos eligen palabras para manifestar la realidad que viven que no es semejante a la mía y por eso mi lenguaje tiene que estar alejado de mis personajes, porque somos totalmente distintos. Mis personajes son gente independiente, con vida propia y que hablan distinto a mí. Es verdad que son mi creación, pero también es cierto que en cuanto les di vida al otorgarles verosimilitud y al colocarlos en un mundo que no es igual al mío, comenzó su independencia. Aunque he de reconocer que mis personajes tienen algo de mí, hay algo en ellos que se me parece, pero esto no significa que piensen o actúen igual a mí. Quizá mis personajes sean esa otra persona que no dejó salir en la vida real, que es mi yo interno y lo manifiesto en la ficción para revelar el mundo que veo, y así decir lo que a veces se calla.

Yo escribo y él cuenta la historia

Cuando digo que él es el que cuenta la historia, me refiero a esa persona imaginaria que elegí para que lo hiciera, mi narrador. En la ficción hay dos tipos de personas que cuentan la anécdota, una ficticia y otra real. La real es quien la escribe y la ficticia es alguien creado a partir de la imaginación para narrar lo que se está contando. Desde que se crea a alguien más para que cuente el suceso, se entra al mundo de la ficción. La presencia de un narrador es fundamental para que se cumpla el ciclo de la ficción que es conocida como *Estructura narratologica*, brevemente explico esta estructura: Autor real (el escritor) - Autor implícito (el que deja su punto de vista en la anécdota) - Narrador (quien cuenta la historia) - Narratario (a quien se dirige el narrador) - Lector implícito (para quien esta dirigido el texto) - Lector real (el que lee el texto). El hecho literario sólo se cumple cuando el texto es leído, por eso la importancia del narrador, porque es un elemento esencial para que así sea.

Así como hay dos tipos de personas que cuentan la historia, por lógica tienen que existir dos puntos de vista en cada obra literaria, una real y otra ficticia. El punto de vista real: es la opinión del escritor sobre los sucesos que ocurren a su alrededor y que son representados en la ficción. Según la *Estructura narratologica*, el escritor deja su juicio a través del *Autor implícito* y es el narrador el encargado de darlo a conocer, es decir, el narrador es el portavoz del *Autor implícito*. El punto de vista ficticio: es la realidad dicha desde una perspectiva artística, es la manera expresiva con la que el escritor transmite su sentir sobre su entorno social. Anderson Imbert dice que:

Real es el punto de vista de un hombre de carne y hueso. Desde su circunstancia ese hombre percibe e imagina. Vea lo que viere, siempre está viendo algo. Ve una realidad común a otros hombres y también ve su íntima realidad. Ve una materia prima todavía no simbolizada en especiales formas artísticas. De pronto ese hombre decide elaborar con las formas artísticas del cuento lo que ha percibido e imaginado. Ahora el hombre es un

escritor que, para mudarse de la realidad al arte, tiene que transmutar su punto de vista real en un punto de vista artístico. El punto de vista real es exterior al cuento por la sencilla razón de que es previo al cuento. El punto de vista artístico sí está dentro del cuento, pero ya no es el del hombre de carne y hueso sino el de una persona ficticia -el narrador- en quien aquel hombre, al hacerse escritor, cedió la responsabilidad de narrar.¹⁴

No se puede decir que es el escritor quien cuenta la historia, él la escribe y es una persona que proviene del mundo real. Narra sucesos creados a partir de su imaginación y por eso es fundamental que exista una persona ficticia para contar la anécdota. Cuando leo un texto literario me identifico con los sucesos que ocurren en la narración y eso pasa porque el narrador me ha convencido de su relato, esto es lo que convierte verosímil la historia y en ese momento se vuelve “real”. Suena complicado esto que digo, porque menciono que el narrador es una persona ficticia y que la historia es creada a partir de la imaginación, por otro comentario que si la historia es convincente tanto ella como el narrador se vuelven reales. Juan José en el su texto *El concepto de ficción*, menciona que si la literatura recurre a lo falso es para reafirmar lo verdadero que puede ser una historia ficticia:

La ficción no [...] una reivindicación de lo falso. Aun aquellas ficciones que incorporan lo falso de un modo deliberado ó fuentes falsas, atribuciones falsas, confusión de datos históricos con datos imaginarios, etcétera ó, lo hacen no para confundir al lector, sino para señalar el carácter doble de la ficción, que mezcla, de un modo inevitable, lo empírico y lo imaginario. [...] La paradoja propia de la ficción reside en que, si recurre a lo falso, lo hace para aumentar su credibilidad.¹⁵

La ficción tiene que ser coherentes con la realidad para hacer creíble la historia que se cuenta. La imaginación se desprende de lo real gracias a las experiencias vividas y por eso es importante que el lector crea todo lo narrado, porque él forma parte de ese mundo que se

¹⁴Op.cit., pp.51-52.

¹⁵Juan José, Saer, “El concepto de ficción” en *El concepto de ficción*. Textos polémicos contra los prejuicios literarios, México, Planeta, 1999. Versión electrónica: <www.literatura.org/Saer/jsTexto6.html>

representa en la ficción. La literatura es otro tipo de realidad que se deja ver, pero de una manera artística.

El escritor tiene su propio punto de vista sobre lo que vive y para llevarlo a la literatura, elige a un personaje ficticio. Se le otorga al narrador la opinión personal del escritor para que éste se apropie de ella y así pueda mostrar su perspectiva del suceso que cuenta. Los narradores son los que nos van a ayudar a transmitir desde diferentes ángulos la realidad del escritor. Hay muchos tipos de narradores, pero sólo me voy a enfocar en los dos que uso.

Utilizo dos tipos de narradores: el protagonista y el testigo, pero en la mayoría de mis cuentos se impone el primero. ¿Por qué estos narradores? Cuando decidí hacer un libro con historias que hablaran sobre los movimientos sociales, imaginé a esa voz narrativa que haría la labor de contar sus experiencias vividas, por eso escogí a un protagonista y un testigo que hayan presenciado y vivido los acontecimientos. Estos dos narradores son los que acercan al lector de manera directa a la historia y creí pertinente que ellos fueran quienes contaran mis anécdotas, por el carácter político que le doy a los cuentos que presento. Buscaba ese tono de voz como cuando una persona narra sus experiencias de manera oral, pero también me interesaba dar el punto de vista de alguien que haya sido testigo de los acontecimientos. Mi intención es que el lector imagine a esa persona que le cuenta sus historias, así como los abuelos narran sus anécdotas, ese es el efecto que quería dar.

¿Qué hacen mis dos narradores? El narrador protagonista va a contar su propia historia, nos dice lo que siente, piensa y lo que ve a su alrededor. Nos va a dar su punto de vista de los hechos que vive en persona, él es el personaje central y por lo tanto puede criticar lo que le pasa tanto a él como a los demás personajes que lo acompañan en la anécdota. Muchas veces este narrador recurre a los monólogos internos para reflexionar o recordar sobre algún acontecimiento de mayor importancia en su vida y que ha tenido secuelas en el suceso, pero no puede decirnos lo

que pasa en otros lugares de la historia y tampoco revela qué piensan los demás personajes. El narrador testigo es alguien que vive de manera indirecta los acontecimientos, es el que ve todo lo que le ocurre al personaje principal y desde su experiencia va a contar cómo fueron los hechos. Ambos narradores nos acercan directamente a la historia y funcionan como denunciantes de la realidad porque presencian los sucesos que ocurren; por eso los escogí, porque son los indicados de señalar y critican los hechos que pasan a su alrededor, pues son los más afectados en la narración.

Estructurando la historia

Al principio quería experimentar con los géneros periodísticos y escribí cuentos con la estructura de la nota, la entrevista, el reportaje y la crónica, pero hay algunos de estos que son tan rígidos que poco se prestan para convertirse en un texto literario. Escribí un cuento en forma de entrevista y lo titulé *Al pie del fogón*, pero no es del todo entrevista, aunque tiene ese tono, que era lo que me interesaba lograr. Sin embargo, no pude crear un cuento con la estructura de la nota periodística, porque no me lo permitió, ya que no es descriptiva, no tiene diálogos e intenta ser objetiva con lo que está narrando. De todos los géneros periodísticos, el que más se adapta para hacer un cuento es la crónica, por eso varios de mis anécdotas se asemejan a este género.

No existe mucha diferencia entre el periodismo y la literatura, pues me queda claro que ambos son géneros narrativos que cuentan un acontecimiento, los dos utilizan un narrador, recurren a la descripción, a los diálogos y dan su punto de vista personal sobre el hecho que dan a conocer. Es importante mencionar que uno está comprometido a informar sucesos reales y el otro, interpreta la realidad y no está obligado a informar los acontecimientos de la vida cotidiana, tal vez aquí sí exista la diferencia de la crónica literaria y periodística.

¿Qué tienen en común la crónica y mis cuentos? Es verdad que en mis cuentos existen

rompimientos temporales y eso hace que las historias no sean lineales. Sea considerado que la crónica tiene que llevar un orden cronológico de los hechos y durante mucho tiempo así siempre ha sido. Sin embargo, a partir del surgimiento del *Nuevo periodismo*, ya se permite desplazamiento de tiempo en la narración. Algunos de mis cuentos tienen un parecido con la crónica porque en ambos son géneros narrativos, predomina la descripción, pero sobre todo se va contando de manera cronológico los acontecimientos. El periodismo y la literatura se han ido fusionando para que se escriban historias de diferente manera, rompiendo un poco las estructuras establecidas en estos géneros. Y entonces nos encontramos reportajes en forma de novela como *A sangre Fría* de Truman Capote, algo parecido quise hacer con el cuento, pero con la crónica.

Considero que el escritor nunca dejará de recurrir al periodismo, en principio porque es un lector más de él y por otro lado, en algunas ocasiones recurriré a la nota periodística o al reportaje para escribir una historia ficticia. Lo que tienen el escritor y el periodista, es que en ambos existe la necesidad de decir algo sobre el mundo que vive, pero cada uno lo hace desde su propio puntos de vista. En ocasiones el escritor busca las historias periodísticas para narrar las ficticias y en lo personal eso me sucedió, recurrí a al periodismo para escribir algunos de mis cuentos como *Zona de clasificación* en donde tuve que ir a las notas periodísticas para poder narrar esta historia. Siempre he dicho que si un suceso en la vida real es digno de ser contado en la ficción, hay que escribir una buena historia.

El hecho de que exista un estilo cronológico en mis cuentos, no significa que su estructura sea así. En mis historias existe el estilo cronológico, y aunque se encuentran presentes los rompimientos temporales, los acontecimientos se van narrando conforme fueron pasando. Algunos cuentos están escritos desde el presente, pero en varias ocasiones el pasado irrumpe, es a lo que se le llama *flashback* o analepsis que es una figura temporal que se utiliza en la literatura para transgredir el tiempo cronológico de la historia o el orden en el que se van contando los

hechos. Quiero mencionar que otros cuentos empiezan narrando desde el pasado, pero su desenlace es en el presente. Éstas son las estructuras narrativas que utilicé para los cuentos del libro *Si no puedo narrar, no es mi revolución*, y como se puede percibir, es el tiempo narrativo el que las va construyendo.

Así como he hablado de lo verosímil de esos mundos ficticios que se desprenden de lo real, también el tiempo narrativo tiene que ser convincente y aunque sea una imitación de la realidad, es importante darle credibilidad. Aurora Pimentel habla sobre la temporalidad real que establece relaciones con el tiempo de la historia ficticia o el tiempo diegético, como ella lo nombra:

Dado que los acontecimientos en el tiempo diegético se miden en imitación del tiempo real, es posible hablar de la duración de los sucesos en la ficción y asignarles medidas temporales explícitas -horas, días, años- es decir, un tiempo cuantificable. No obstante, y muy a pesar de la ilusión de duración que nos viene de la historia, los sucesos diegéticos tienen una duración que depende finalmente del espacio para ellos destinados en el texto narrativo; dicho de otra manera, la experiencia temporal que vive el lector depende no tanto del tiempo diegético en sí, sino del tiempo del discurso.¹⁶

Mis cuentos abordan problemas reales socio-políticos que han ocurrido en las dos últimas décadas en nuestro país, entonces me tengo que apegar a los días, horas y años en los que sucedieron los hechos y aunque no es necesario que esté dicho en el relato, es importante considerarlo. Dependiendo de cómo se maneje el tiempo del discurso, se podrá crear en el lector, durante la lectura, un imaginario del tiempo de la historia y es aquí en donde van apareciendo las referencias de los acontecimientos reales que se necesitaron para crear la ficción. En algunas de mis anécdotas el narrador cuenta en pocas horas sucesos que ocurren en uno o dos días; esto es a lo que se le llama el *tiempo del discurso*, que es en donde los narradores hacen una recreación del

¹⁶Luz Aurora, Pimentel, *El relato en perspectiva: estudio de teoría narrativa*, Siglo XXI, México, 2005. p.43.

tiempo de la historia ficticia que es la que representa la temporalidad de los acontecimientos reales. Un ejemplo de lo que estoy explicando, es el cuento *Zona de clasificación*, en donde se puede notar cómo en unas horas el narrador cuenta una anécdota que ocurre durante días.

¿Y ahora qué se cuenta?

He mencionado que en México pocos son los escritores realistas que reflejan en sus narraciones los problemas políticos de nuestra sociedad. Ese análisis me ha hecho comprender que cuando hay caos social, comienzan a surgir textos literarios a partir de esa problemática. Países como Argentina, Chile, España, han vivido dictaduras en donde crecieron escritores que se vieron influenciados por la política de su país y lo representaron en sus obras literarias.

En ocasiones escribir sobre sucesos históricos se convierte en moda y algunos escritores lo hacen para colocar sus libros en un mercado comercial. Volviendo al texto *Para una literatura Comprometida* de Ignacio M. Sánchez Prado quien habla sobre los temas de moda en la literatura. Menciona la denigración en la que han caído muchos autores al lucrar con la literatura narrando a partir de un problema social en busca de fama y fortuna, sin importarles las formas literarias. También hace una fuerte crítica hacia aquellos escritores que se asumen de izquierda y dicen narrar para el pueblo, cuando en realidad sus textos sólo llegan a un grupo social distinto. Es interesante esta crítica de Sánchez Prado, porque hace un análisis sobre el compromiso literario de los escritores; para él depende de la técnica artística con que se narre un hecho real en la ficción, pues de esa manera el autor transmite cómo ve los problemas sociales de su entorno y es ahí en donde está el compromiso del escritor tanto en la sociedad como en lo literario. Al final nos dice que lo político y la literatura no tienen que ir separados, porque su separación no va a hacer que seamos buenos narradores.

Los acontecimientos que se están dando en la actualidad en nuestro país, ya es tema

principal para algunos escritores tanto nacionales como internacionales. La situación política por la que está pasando México en los últimos años, ha generado una descomposición estructural en nuestra sociedad. La guerra desatada contra el narcotráfico nos ha obligado a vivir en la violencia, todos los días despertamos con la muerte derramada en el país. Estos hechos ya están siendo representados en la literatura, un ejemplo de ello, es la novela *La reina del sur* de Arturo Pérez-Reverte, en donde se narra la vida de Teresa Mendoza quien es originaria del estado de Sinaloa. Narcotraficantes y policías corruptos acompañan al personaje principal que entabla una relación amorosa con el “Güero” Dávila, un piloto de aviación que se encarga de transportar de un lugar a otro grandes toneladas de droga. Tras la muerte del “Güero”, Teresa Mendoza se escapa del país llevándose consigo secretos que podrían destruir a políticos involucrados con el narcotráfico. Es en España en donde se relaciona sentimentalmente con Santiago y juntos se involucran en el tráfico de hachís, a partir de ese momento *La mexicana*, como apodan a Teresa Mendoza en el país europeo, va desarrollando su habilidad de distribuir droga hasta convertirse en una de las más importantes narcotraficantes del sur de España. Es así como llega a ser la reina del sur, la reina de la cocaína. La historia que se narra en esta novela no fue tomada de la vida real, lo que sí forma parte de la realidad es el problema del narcotráfico que esta afectando a nuestro país. El mismo Pérez-Reverte menciona que se inspiró en el corrido *Camelia la tejana* del grupo musical Los Tigres del Norte, para narrar esta historia. En el 2002 se publica *La reina del sur* y en el 2007 la policía detiene en la ciudad de México a una mujer narcotraficante llamada Sandra Ávila Beltrán, apodada como *La reina del Pacífico*. El periodista Julio Scherer García publica un libro periodístico en donde Sandra Ávila Beltrán hace fuertes revelaciones sobre *La sociedad narca*, como ella nombra al mundo de los narcotraficantes. Existe mucha similitud entre la mujer narcotraficante de la vida real y la mujer ficticia de Pérez-Reverte, pues ambas son de Sinaloa, trasladan droga de un lugar a otro para los capos del narcotráfico y tienen

negocios con los cárteles de Colombia. La novela de Pérez-Reverte no está basada en Sandra Ávila, podrá tener muchas coincidencias con su personaje principal, pero la vida de ambas mujeres es distinta. En la novela *La reina del Sur* es el destino quien convierte en narcotraficante a Teresa Mendosa, mientras que Sandra Ávila nace y crece en el mundo del narcotráfico, como ella misma lo menciona en el libro de Scherer.

El narcotráfico está llamando el interés de algunos escritores por ser un tema relevante, pero lo importante es ver cómo esas intenciones son llevadas a la ficción, pues habrá quienes busquen crear arte y otros únicamente lo harán por intereses económicos. No sé si Pérez-Reverte buscó la delincuencia organizada buscando popularidad, pero en lo personal su novela, *La reina del sur*, es una lectura que atrapa de inmediato pero no se convierte en un texto pesado de leer por la cantidad de información que se vierte y que sale sobrando. En los periódicos ya comienzan a hablar de la literatura que narra sobre narcotraficantes. En *La Jornada* salió publicada una nota titulada *Narcolectura*¹⁷, de Herman Bellinghausen quien hace una crítica a todos aquellos escritores que se aprovechan de los caos sociales, para comenzar a crear una narrativa con fines de lucro, que sólo llenan la librerías de literatura “barata” respondiendo a una moda literaria. Sin embargo, Bellinghausen menciona que hay quienes sí se comprometen con la literatura y logran crear buenas historias a partir de nuestra realidad. Entiendo la preocupación de Bellinghausen y estoy de acuerdo con él en el sentido de que no hay que abusar de la crisis social de nuestro país para lucrar con las obras literarias, porque entonces no se estaría aportando nada a lo artístico y se corre el riesgo de que el arte literario se estanque en una época sin ninguna aportación a la literatura. Bellinghausen nombra a los textos narrativos que han comenzado a surgir a partir de la realidad que vivimos como la *Narcoliteratura*, y es algo interesante, porque señala lo que está ocasionando la crisis social de nuestro país en el arte, que es el surgimiento de una nueva

¹⁷Bellinghausen, Hermann, *Narcolecturas* en *La Jornada*, lunes 15 de noviembre de 2010.

corriente literaria, pero pone en duda las intenciones con las que surge, porque ve que desgraciadamente se está dejando de lado la creatividad.

Al parecer el tema del narcotráfico es más atractivo para algunos escritores que el de los movimientos sociales, es importante mencionar que la guerra del narcotráfico no es un movimiento social, sino que es un conflicto entre los que tienen el poder en nuestro país que lo han sumergido en el caos social y que a raíz de eso han surgido movimientos sociales para detener esta guerra. Desde hace mucho tiempo en México se dejó de hablar en los textos literarios sobre las revueltas y como ya dije en otros apartados, después de la Revolución Mexicana surgió un boom sobre el tema, pero desde entonces casi no se escribe sobre los movimientos sociales. Han surgido algunas manifestaciones populares que en su momento fueron precursores de grandes cambios en la historia de México, pero por una extraña razón, la literatura no surge como sucede en otros países que sí narran sobre su realidad política. Acontecimientos importantes como el levantamiento zapatista, la huelga estudiantil del 99, la represión en San Salvador Atenco, la represión en Guadalajara en el 2004, entre otros que han sido significativos para nuestro país, no son de interés para los escritores mexicanos.

Podrían ser muchos los motivos por la falta de interés en narrar sobre lo socio-político, tal vez uno de ellos sea que ya estamos tocados de tanta realidad que lo último que se quiere es escribir sobre ella o igual en estos momentos nuestros escritores se encuentren en otra etapa de su vida literaria y prefieren narrar sobre la realidad desde una perspectiva que no sea la política. Por otro lado, he notado que la palabra “política”, para algunos, está muy satanizada porque, quienes hablan sobre el tema de inmediato se les cataloga con ideas revolucionarias del siglo pasado y muchos otros términos que menosprecian el pensamiento de quienes tienen un ideal político. También en otro apartado mencioné que los escritores mexicanos comenzaron a preocuparse por las formas antes que por el tema en la literatura. Pero también es cierto, como se vio con el

ejemplo del narcotráfico, siempre que existe un caos social surgen las modas artísticas y la literatura no se escapa de ellas. No es malo escribir sobre lo que pasa a nuestros alrededores, estoy a favor de que se haga, pero siempre y cuando esté bien hecho.

Para finalizar

No es de mi interés, en estos momentos, escribir sobre los acontecimientos que están surgiendo en nuestro país, como es la guerra del narcotráfico, igual porque me gusta andar a contracorriente y prefiero narrar mis mundos ficticios desde aquello que casi no se toca, por eso busco mis anécdotas entre lo político.

La mayor parte de literatura que he leído a lo largo de mi vida habla de la urbanización, de las grandes colonias que conforman la ciudad y que han sido de inspiración para muchos escritores. ¿Cuántas veces hemos encontrado a la colonia Roma en el mundo ficticio así como al barrio de Tepito? También hay una variedad de historias que nacen en el metro urbano, que por cierto, algunas muy buenas. Creo que más allá que los escritores mexicanos comenzaron a buscar nuevas formas literarias, estaban viviendo cambios importantes en su sociedad, como es la entrada de la modernización con el avance tecnológico y esto contribuyó en su narrativa.

Estoy convencida que los momentos históricos de cada sociedad influye no sólo en lo político y lo social, sino también en el arte como lo es la literatura. Me queda claro cuáles son los factores que incitan a un escritor para narrar a partir de su realidad y uno de ellos, el más importante, es el tema que le preocupa o le obsesiona. Para algunos escritores los acontecimientos sociales que ocurren en su época es una de las motivaciones para crear historias ficticias, aunque no necesariamente, porque hay quienes escriben desde otros siglos que no precisamente son los que viven o vivieron. Los cambios tanto sociales como políticos podrían desencadenar una ola literaria, ya sea por moda o para hacer crítica social a través del arte. Sin

embargo, las formas a utilizar para mostrar eso que no se ve o que no se quiere mirar y lo que se prohíbe decir, marcarán la diferencia entre moda y arte. Estoy convencida que la literatura no está hecha para inculcar algún ideal político entre sus lectores, pero sí creo que hace una crítica social y muestra de otra manera el mundo que se vive; si eso se logra, es porque el autor está señalando o evidenciando la realidad que le rodea y eso para mí es denuncia. Si en un texto literario se emplean mal las formas narrativas, jamás podrá exponer el mundo real que vive el escritor y tampoco evidenciará la crítica que éste tenga sobre él.

El aprendizaje que me dejaron estas anécdotas del libro *Si no puedo narrar, no es mi revolución*, es que llevar temas políticos a la ficción no es nada fácil y más si uno ya tiene definida su ideología. No es sencillo crear cuentos con este tipo de temas, porque hay que ir cuidando las técnicas narrativas y los ideales que cada uno pueda traer en la convicción, pues se corre el riesgo de caer en el panfleto. Crear estos cuentos, me hizo comprender que una de las funciones más importantes de la literatura, es lograr crear uno o varios mundos imaginarios entre los lectores y para eso hay que saber cómo hacerlo.

La ficción siempre será una representación de la realidad, para mostrar lo que se trata de ocultar. A veces he escuchado decir que la realidad sobre pasa a la ficción, pero creo que es todo lo contrario, pues la ficción ve desde otra óptica el mundo en el que vivimos y desde ahí lo va a representar. La literatura forma parte de una manifestación cultural que es un producto de la sociedad que lucha y vive contra y en la realidad, por eso no puede escapar de ella. El arte es una pelea constante en donde el escritor manifiesta su sentir hacia el mundo que lo rodea. Cada quien hablará de la realidad que más le obsesiona y desde ahí cada uno va a escribir sus mundos ficticios. Narrar sobre política no significa abandonar la esencia artística y viceversa, se pueden hacer ambas cosas, pero todo dependerá de las formas literarias que se utilicen.

Bibliografía

Anderson Imbert, Enrique, *Teoría y técnica del cuento*, Ariel, Barcelona, 1999.

Azuela, Mariano, *Los de abajo*, México, FCE, 1960.

Bellinghausen, Hermann, “Narcolecciones” en *La Jornada*, lunes 15 de noviembre de 2010.

Castellanos, Rosario, *Balún Canán*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968.

Collazos, Oscar, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa. “Literatura en la revolución y Revolución”, en *la literatura [Polémica]*, México, S. XXI (col. Mínima, 35), 1970.

<http://www.etcetera.com.mx/articulo.php?articulo=2877>, fecha de consulta 18 de agosto 2011.

González, José Luis, “El arte del cuento” en *Teorías del cuento (Tomo III)* de Lauro Zavala, UNAM, 2008.

Cortazar, Julio, “Aspectos del cuento” en *Teorías del cuento (Tomo II)* de Lauro Zavala, UNAM, 2008.

Gordimer, Nadine, *La hija de Burger*, Barcelona, Folio, 2004.

Gorki, Maxi, *La madre*, Madrid, Catedra, 2005.

Gorki, Maxi, *Cuentos de Italia*, Moscú, Lenguas extranjeras, 1954.

Taibo, Ignacio II, Paco y Sub comandante Marcos, *Muertos incómodos*, México, Planeta mexicana, 2005.

Montemayor, Carlos, *Guerra en el paraíso*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

Montemayor, Carlos, *Operativo en el trópico*, Aldina, Rossell y Sordo, México, 2000.

Morgan Forter, Eduard, *Aspectos de la novela*, Madrid, Debate, 1995.

López González, Ariala, “Otra vez la narrativa tlaxcalteca (Réne avilés Fabila y su Nueva Utopía)” en *Cuento y Figura (la ficción en México)* de Dr. Pavón Alfredo, Universidad Autónoma de Tlaxcala, México, 1999.

Drg. Pavón, Alfredo, *Cuento y Figura (la ficción en México)*, Universidad Autónoma de Tlaxcala, México, 1999.

Piglia, Ricardo, “Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)” en *Revista Casa de las Américas*, núm. 222, enero-marzo de 2001.

Pimentel, Luz Aurora, *El relato en perspectiva: estudio de teoría narrativa*, Siglo XXI, México, 2005.

Revueltas, José, *Dormir en la tierra*, Era, México, 2008.

Sánchez Prado, Ignacio, “Para una literatura comprometida”, en *La Jiribilla de papel*, núm. 57, La Habana, Cuba, febrero 2006.

Saer, Juan José, “El concepto de ficción” en *El concepto de ficción. Textos polémicos contra los prejuicios literarios*, México, Planeta, 1999. Versión electrónica:

<www.literatura.org/Saer/jsTexto6.html>

Sartre, Jean Paul, *¿Qué es la literatura?*, Losada, SA, Buenos Aires, 1950.

Vargas Llosa, Mario, *La guerra en el fin del mundo*, México, Alfaguara, 2005.

Vargas Llosa, Mario, *Literatura y política: dos visiones del mundo*,

<http://www.sololiteratura.com/var/vargasconferencia.htm>, fecha de consulta 15 de noviembre de 2010.

Woolf, Virginia, *Un cuarto propio*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2006.

Zabala, Lauro, *Teorías del cuento*, Tomo II, UNAM, 2008

Si no puedo narrar, no es mi revolución

Falta poco para que amanezca

¡Qué calladas están las casas!, ni un susurro sale de ellas y eso que siguen despiertas, no han pegado el ojo en toda la noche, como que también ellas quieren encontrar el amanecer bien tempranito. A mí también se me ha espantado el sueño, por eso decidí hacer la guardia toda la noche. Ya está decidido todo, namás estoy esperando a que dé la hora, no falta mucho, ya merito es. Pues sí, sí tengo miedo, le digo a la luna que no deja de alumbrar mis pensamientos. Faltan unas horas pa' que se cumpla todo lo que hemos planeado, muchos años hemos platicado y repasado cada uno de nuestros movimientos y así no se nos olvide nada. Porque eso sí, no queremos fallas. Hace rato vi pasar al Pedro con otros compañeros, iban bien apurados hacia la bodega donde están todos reunidos. Seguro han de estar nerviosos igual que yo, pero sé que lo ocultan con sus chistes, porque así son ellos, disfrazan el miedo con la risa. Pero ya no podemos echarnos pa atrás, ya está bien decidido. Además, si no lo hacemos orita, pus cuándo y entonces el amanecer seguiría siendo el mismo.

Yo tenía dieciocho años cuando me metí en estas cosas, pero es que no hay de otra, o le entras o le entras. El Pedro namás se burlaba de mí, me decía que me regresara con mis padres o que mejor me casara. El muy canijo lo decía para hacerme repelar, según él me ponía a prueba para ver de qué madera estaba hecha y yo le decía que de pura ceiba. El primer día que llegué, todos estaban reunidos en la casa de la Susana, me presentaron como el nuevo miembro de la familia y luego me dieron mis quehaceres. ¡Ah!, pero también me dijeron que tenía que estudiar mucho, porque era importante que yo supiera de todo, que eso me ayudaría a comprender muchas cosas y pa que me defienda de los maloras. Entonces la Susana y el Pedro se encargaron de mi educación, todas las mañanas me iba con ellos a un cuarto de puras láminas en donde junto con otros compañeros nos enseñaban desde la letra A hasta la letra Z, y también nos hablaban de los

primeros que vinieron a habitar estas tierras, o sea de nuestros abuelos. Al principio yo era rebruta, no se me querían pegar las cosas que enseñaba la Susana, pero luego, con el tiempo aprendí a leer y escribir. El otro día hasta un cuento escribí pa leerlo en la clase, se trataba de un gigante que vivía en las montañas y se la pasaba dormido durante casi todo el año, menos en la primavera que era cuando despertaba para comer toda la comida de la gente de la montaña, dejándolos con hambre el resto del año

—Te traje un poco de café pa que calientes la noche-me dice Pedro que casi me mata del susto.

—Tus pasos son bien silenciosos, no sentí cuando llegaste.

—Vine a darte una vuelta pa ver cómo andas, allá estoy un poco inquieto y mejor decidí salir para que me diera el aire.

—Pues aquí estoy platicando con la luna que insiste en acompañar mi velada, para que no se me haga tan pesada la espera.

Pedro se sienta a un lado de mí, en una piedra bien redonda y prende su cigarrillo. Echa su mirada hacia la oscuridad del camino de terracería que lleva al otro poblado. No quiero interrumpir sus pensamientos, sé cómo se siente cuando uno se pierde en ellos. Es como entrar a otro mundo en donde las cosas que uno desea se cumplen como se sueñan, por eso no quiero interrumpirlo, seguramente anda pensando en el amanecer. No sólo para nosotros el amanecer va ser otro, yo creo que también en otros lugares el sol va despertar bien cambiado.

El Pedro no llegó a estas tierras solo, venía con otras personas, eran seis los que se fueron a vivir a las entrañas de las montañas. Estaban bien misteriosos, casi no querían hablar con nadie y a nosotros eso nos daba mucha desconfianza, pues llegaron así nomás y sin decir nada. No sabíamos quiénes eran ni de dónde venían. Cuando nos encontrábamos en el camino, namás nos mirábamos, parecíamos animales asustados, porque namás olíamos el miedo y luego luego nos

echábamos a correr. Pero poquito a poquito ellos y nosotros nos fuimos acercando, y nos dimos cuenta que venían de buena fe. El Pedro y sus amigos hablaban como si fueran maestros. Al principio no entendíamos lo que nos querían decir, pero después comprendimos que sus palabras sólo nos querían decir cómo está el país y entonces entendimos el porqué vivimos tan jodidos. Uno de estos hombres era el que más bajaba hasta acá, era el que explicaba el pensamiento que traía él y sus amigos. Nos pidió que fuéramos cuidadosos, que no habláramos con nadie de su visita, porque el gobierno los buscaba por andar divulgando la palabra “libertad” y por eso era peligroso que se supiera que hablaban con nosotros. Teníamos que guardar secreto, pues. Este hombre que era el que más platicaba con nosotros, como que no le gustaba mucho que los hombres de acá echaran el trago, porque decía que adormece los pensamientos y quita las ilusiones. Decía que para defendernos era necesario tener el pensamiento bien clarito y nada atarantado. Los encuentros con estas personas eran más frecuentes y como no queríamos que nadie supiera de nuestros amigos que se escondían en las montañas, pues hacíamos como que íbamos a traer leña o maíz para recibir pláticas en las cuevas o bajo los árboles. En la noche y en silencio veíamos películas, en ellas nos dimos cuenta que no somos los únicos jodidos en el mundo. Al terminar de verlas, los seis hombres nos hacían preguntas para saber nuestro pensamiento. Usábamos ropa de diferentes colores como el rojo, café y negro, cada uno significaba una reunión distinta y el lugar donde se llevaba a cabo, eso era para que nadie supiera que había gente de otros lugares escondidos en las montañas y que platicaban con nosotros.

—Ojalá que salgamos librados de ésta-me dice el Pedro-porque yo sí quiero ver un nuevo día.

—Ya falta poco, Pedro, ya verás que sí lo vas a ver.

—Unas horas, solo unas horas faltan. Al rato te echo otra vuelta pa ver cómo andas.

Desde aquí veo cómo la oscuridad se devora al Pedro. De nuevo se siente la soledad por

las veredas, el aire se pasea entre las chozas como si no supiera de nuestros planes, como si nada fuera a pasar, pero nada más se hace el desentendido porque bien que está enterado. Allá va la Susana bien arregladita, hasta parece que va a una fiesta. Se ha puesto sus mejores arracadas y se hizo unas trenzas, las ha adornado con listones de colores y los labios los ha puesto bien colorados. ¡Qué bonito se le ven sus pantalones verdes!, la hace ver grande y fuerte como la ceiba. Seguro se puso así de bonita para recibir el amanecer.

Sólo éramos tres mujeres cuando llegué acá. La Susana me enseñó todo lo que sé, ella es bien brava, bien canija, no le gusta agachar la cabeza. La otra vez estábamos platicando con los demás, el Pedro se encontraba sentado en un tronco fumando su cigarrillo, entonces la Susana les dijo que a ella no se le hacía justo que hubiéramos bien poquitas mujeres en las montañas, dijo que era importante incluir a más para que también aprendieran otras cosas como lo hemos hecho nosotras, comentó que eso era importante porque entonces las mujeres sabrían defenderse de la mala vida que llevan por estos lugares. Cuando terminó de decir sus palabras, la mayoría soltó la carcajada, le dijeron que eso no era posible porque sus maridos serían los primeros en no dejarlas venir hasta acá por lo celosos que son. “No es broma”, decía Susana, hablaba en serio, pero los demás por querer sacarle el coraje, se seguían burlando de ella. Entonces la Susana se fue bien enchilada, no sin pasarles a gritar a todos que eran unos machitos. Pero después de tanto insistir y de trabajar duro, la Susana logró que otras mujeres vinieran a las montañas aprender como lo hice yo. Y los compañeros también aprendieron que la Susana tenía razón de lo que les decía. Yo me convertí en maestra de las mujeres que llegaron y al igual que yo, aprendieron desde la A hasta la Z.

Después me dieron un nuevo quehacer, ahora era yo la que tenía que bajar a los poblados cercanos para seguir platicando con la gente, así como lo hacía el Pedro y sus amigos cuando recién llegaron a estas montañas. Les hablaba de la historia de nuestras vidas, de lo que pasa en

otros lugares, de cómo deberíamos de vivir y también les hablaba del nuevo amanecer, les decía que estaba muy cercano. Ellos felices comentaban que también querían ver salir el nuevo sol, que deseaban ir con nosotros para verlo juntos.

Un día me dijeron que ya estaba lista para hacerme cargo de quehaceres más difíciles, pero me decían que todo a su tiempo, que llegaría el momento para decirme de qué se trataba. Y entonces llegó ese momento, el Pedro y la Susana me comentaron que era la responsable de guiar a un puñado de hombres hacia el día nuevo, pero que tenía que ponerme bien buza en cada uno de mis pasos, porque de mí dependía que todos estos hombres vieran el amanecer del que tanto les hemos hablado, que ya se los habíamos prometido y que ahora yo se los tenía que cumplir.

Por eso estoy bien nerviosa, namás porque no sé fumar si no ya le hubiera pedido un cigarrillo al Pedro, yo veo que con eso calma la ansiedad cuando le consume el pecho. Algo así quiero yo, calmar la angustia que corre hirviendo por mis venas. Ni siento el manto del frío que cubre las montañas. Y eso que acá el frío cala recio, hasta hace chillar los huesos del dolor. Pero los nervios se han convertido en una cortina calentita que no dejan que me toque la helada madrugada. Allá de nuevo se ve el Pedro, seguro me trae otra olla de café.

—Si quieres te puedo renovar, para que descanses un rato-me dice el Pedro.

—Ni sueño tengo. Si duermo, las pesadillas me pueden agarrar y luego no puedo soltarme de ellas. Y orita es bien fácil que las canijas me asusten.

—Pero es que mañana no vas aguantar el día, va a estar bien canija la jornada.

—Mañana será un nuevo día, Pedro, y esa emoción que tengo por verlo espanta el cansancio.

—Tampoco los que están en la bodega pueden dormir. Hacen como que juegan baraja, pero la verdad ni se concentran en el juego, namás están pensando en el mañana.

—Pues ojalá mañana ganen la partida.

—Así va ser, ya verás que así será. Nos hemos preparado mucho para ello y no la podemos perder.

Y de nuevo el Pedro me deja con la compañía de la luna. Me emociona el saber que Pedro va a estar ahí cuando me encuentre dirigiendo los pasos de los hombres que tengo a cargo. Para todos mañana será un nuevo año, un año de cambios que marcaran la vida de todos los que están allá, en la bodega esperando las campanadas que anuncian el comienzo del día. Y ya falta bien poquito, es cuestión de minutos. Mi corazón se acelera deseando que las manecillas del reloj hagan lo mismo. Mis manos se ponen un poco inquietas, agarran desesperadas una varita de pino para jugar con ella y así calmar su sudor.

Siempre el sol sale de un solo lado, nunca voltea para acá, pero ahora vamos hacer que nos mire, por eso vamos a bajar de las montañas para agarrarlo bien tempranito y así decirle que estamos aquí, que acá en las montañas siempre nos toca el frío, que las tormentas llegan bien fuerte para arrastrar a nuestra alma. Y pues ahora queremos que el sol mire de este lado y así se dé cuenta que en estos lugares necesitamos un poco de su energía, esa que dejó de darnos desde hace muchos años. Por eso estoy así de nerviosa, porque mi responsabilidad es hacer que el sol voltee a vernos, esa es la misión que me han encomendado. No dejo de repasar cada uno de los pasos que voy a dar en cuanto las campanadas de la iglesia anuncien el nuevo día. Repito varias veces las instrucciones que tengo, para que no se me olvide nada de lo que voy hacer.

—Ana, hay que ir bajando de las montañas, tenemos que estar allá cuando las manecillas del reloj den las doce. Tus tropas ya están listas, esperan tus órdenes para comenzar avanzar.

—Ya voy, Pedro.

Pronto será un nuevo amanecer, falta poquito para que así sea, ya estamos avanzando hacia allá. Las mujeres han cerrado la carretera que va para Tuxtla. A unos cuantos kilómetros, no muy lejos de nosotros, se mira un camión atravesado en la entrada de San Cristóbal, no es de los

nuestros. Doy la orden de retirada a mis tropas, pero es demasiado tarde, nos han rodeado. La catedral ha dado su última campanada. Los federales no nos dejan entrar a San Cristóbal, el sonido de nuestros rifles anuncian que ya es primero de enero. El nuevo amanecer ha comenzado a salir, pero parece que mis tropas y yo no lo vamos alcanzar a ver.

Zona de clasificación

Tenía poco de haber muerto mi madre cuando decidí irme de la casa, ya no tenía nada que hacer ahí, me dije, así que agarre mis cosas y me fui a buscar un nuevo hogar. Encontré un lugar algo pequeño que carecía de la luz del día porque no entraba toda por la única ventana que existía en mi habitación. Lo importante era que mi nueva casa se encontraba cerca de la universidad y podía pagar la renta con mi sueldo de mesera.

Las fiestas de cada ocho días en mi departamento se convirtieron en mi pasatiempo favorito. En ocasiones amanecía en mi cama con hombres cuyo nombre desconocía y mi cuarto exhalaba un aroma a vómito de borracho. Dos o tres veces llegaba a mis clases con una fuerte dosis de marihuana, la mayoría de las ocasiones terminaba bebiendo en los jardines de la universidad. Así era mi vida antes de llegar a este lugar en donde llevo casi dos meses.

Trabajaba de mesera los fines de semana en un bar, pero terminaron por echarme porque siempre llegaba borracha. Tuve que poner varios letreros en los pasillos de la facultad anunciando que se rentaba un cuarto cerca de la universidad, porque yo sola ya no podía pagar la renta. Gloria fue la única interesada, le mentí cuando nos entrevistamos por lo de la renta del cuarto, le dije que en mi departamento encontraría la tranquilidad que necesitaba para terminar su último semestre de licenciatura y ella se tragó todas mis palabras. El cuarto de estudio se convirtió en mi habitación y durante casi tres meses las fiestas en mi casa fueron suspendidas, y mi cama dejó de recibir a mis amantes.

Pocas veces llegaba Gloria a dormir al departamento, no sabía dónde se la pasaba todo el día y tampoco era algo que me preocupara; pero eso dio pie para que comenzaran las pequeñas reuniones en mi casa que terminaban en grandes pedas. Gloria se llegó a enterar de mis desmadres porque cuando llegaba al departamento, por las mañanas, encontraba a un borracho

tirado a la mitad del pasillo y otro vomitado en el sofá. Al principio no dijo nada, al menos yo no le notaba el enojo en su cara, igual era porque me encargaba de eliminar el olor a crudo del departamento antes que terminara la mañana. La neta que Gloria era una chava bien alivianada y yo era una encajosa, por eso tuvo que pararme el desmadre que traía, porque ya había llegado a sus límites. Un día llegó por la madrugada y al abrir la puerta de su cuarto, encontró sobre su cama alojada las pasiones desenfrenadas de una pareja que ardía en deseo. Yo creo que Gloria se sintió traicionada por su propia cama y sacó de ella a los intrusos que la sedujeron. Esa fue la primera vez que vi encabronada a Gloria, me dijo que no le gustaba tropezarse con botellas de cerveza tiradas en la sala por la borrachera del día anterior y mucho menos le agradaba que violaran la intimidad de su cuarto. Poco me duró la regañiza, el mes siguiente de nuevo las paredes del departamento eran testigos del alcohol, droga y sexo que transitaban en cada una de las estancias. Para mí que Gloria aplicó ese viejo dicho que dice, “si no puedes con el enemigo, pues únete”, porque los días que llegaba al departamento, le entraba a la fiesta que estaba en su pleno apogeo.

Tengo que reconocer que la llegada de mi compañera le hizo un bien al departamento, porque después de medio año las fiestas fueron disminuyendo. En una ocasión Gloria me invitó a una de sus reuniones con sus amigos de la facultad, al principio creí que iban a ser igualitas a las mías, pero cuando llegué a esa casa de la colonia Roma me di cuenta que era todo lo contrario a mis parrandas. Sí había alcohol y hasta un poco de mota, pero no pasaban de más de siete invitados y en lugar de beber embrutecidamente como lo hacía yo, se la pasaban hablando de mil cosas que no entendía, como del neoliberalismo y las luchas de clases sociales. A leguas se veían los amigos de Gloria un poco más grandecitos que yo. A veces me daba mucha flojera la plática de la mayoría de ellos, eran los clásicos intelectuales de la universidad que se sentían los salvadores del mundo con su teoría revolucionaria. Tuve la oportunidad de intervenir en su

conversación y les dije que su teoría revolucionaria fue creada en el pasado, y pues que ahora ya no aplica para el presente porque constantemente la realidad va evolucionando. No les hubiera dicho eso, porque luego luego me sacaron su mamada de que Karl Marx siempre estará presente en todos los siglos. La mayor parte de la velada se la pasaron hablando de las nuevas reformas de privatización para la universidad y, como yo de plano no entendía nada de nada, me dediqué a emborracharme toda la noche. Con decir que no recuerdo cómo llegué a mi casa. Gloria me contó que me puse a beber todo el alcohol que había en la fiesta y que cuando ya no había más que tomar, salí de la casa y fui por un vodka que me dejó inconsciente en un sillón. Fue en esa fiesta en donde conocí a la verdadera Gloria, a quien le gustaba andar en la grilla. Sí, es de las personas que le gusta salir a las calles a manifestarse para mentarle la madre al pinche gobierno, pero nunca me imaginé que estuviera tan clavada en esas ondas. Como no me interesaban sus cosas, nunca le pregunté sobre sus actividades, pero ya entendía el porqué casi no llegaba al departamento a dormir.

Nunca me imaginé que mi vida cambiaría en menos de un año. Resultaba que ahora quien hacia sus reuniones en el departamento era Gloria, pero con menos desmadre y menos borrachos, hasta prendían velas e incienso para aromatizar sus intelectuales cabecitas, pero eso sí, también eran bien pachecos. Sinceramente poco me quedaba a convivir con los amigos de mi compañera de departamento, porque la mera verdad me daban mucha hueva y no era porque me cayeran mal, simplemente no se me antojaba escuchar a una bola de sabelotodo que se sentían los iluminados.

La otra vez amaneció la universidad con la noticia que se incrementaría el pago de inscripción a las licenciaturas, la eliminación del pase directo, el examen único de ingreso, tiempo límite para terminar una licenciatura y ya no me acuerdo qué otras reformas más nos querían dejar caer, el chiste es que Gloria y sus amigos ya se encontraban armando la revolución en contra del rector. Un megáfono esparcía la voz de Gloria por todo el pasillo de la facultad y la

rebotaba en las paredes de la facultad para convocar a una reunión urgente en el Ché. Muchos estudiantes fueron a la reunión, yo preferí recibir a un nuevo amante en el sofá de mi casa.

Conforme pasaban los días, el grito de “huelga, huelga, huelga...” sonaba cada vez más fuerte en toda la universidad porque el rector estaba terco en imponer las cuotas de inscripción. Por supuesto que Gloria estaba metida hasta las manitas en la organización de la consulta que se realizó para estallar la huelga. Muchas veces, Gloria me decía que era una inconsciente vale madres, porque no me preocupaba por lo que estaba pasando en el país y hasta me llamó “pequeña burguesa”, pero como yo no entendía lo que significaba no me sentí ofendida y seguí con mi vida tal cual era. Yo pensaba que era cuestión de unos días para que se resolviera la crisis universitaria, pero las cosas fueron empeorando hasta el punto de encontrar mi facultad cerrada y así una tras otras las demás facultades fueron cerrando sus puertas.

La facultad de Derecho era la única que faltaba para que la universidad se fuera a huelga general. El director salió ante los medios de comunicación diciendo que en la consulta se decidió no cerrar sus aulas. “Eso es mentira”, dijo Gloria cuando veíamos la noticia por el televisor, “maldito fascista de mierda”, comentó antes de salir del departamento. De nuevo se hizo la consulta con los de Derecho y la universidad terminó por irse a huelga general, ya no había nada ni nadie que lo impidiera. La huelga había comenzado.

Si antes Gloria casi no dormía en el departamento, pues ahora menos con lo de la huelga. La universidad se convirtió en su segunda casa. El conflicto universitario había traspasado los muros de las aulas, andaba en boca de todos los medios de comunicación y las marchas de manifestación se inflaban cada día más de gente que apoyaba a los huelguistas. Yo a veces asomaba mis narices en la universidad por puro morbo o porque muchos de mis amigos se encontraban en las barricadas y cuidando facultades. Si soy sincera, nunca me involucré en la huelga, no así como los demás que andaban de un lado a otro informando sobre el conflicto

universitario. Esos días de huelga mi departamento volvió a ser el mismo que era antes que llegara Gloria, de nuevo el alcohol y las drogas eran la diversión para quienes no eran huelguistas.

Casi no veía a Gloria, las pocas veces que nos encontrábamos en la casa apenas si me dirigía la palabra, sentía molestia de parte de ella, creo que era porque no apoyaba la huelga como ella quería. Cuando llegaba a ir a la departamento, era únicamente para darse un baño y dormir un poco; a veces duraba días sin hacer ambas cosas, pues se la pasaba volanteando en los barrios y en el transporte. Una vez me la encontré en el metro con un grupo de alumnos, andaban repartiendo volantes, en esa ocasión ni me saludó, ni siquiera me echó una mirada.

En nueve meses la Universidad se había convertido para muchos en su casa, hasta para mí, que tampoco salía de ella, aunque no estaba involucrada en el movimiento estudiantil. Comencé a caerle a la universidad porque algunos de mis amigos me invitaban, pero la mayoría de las veces lo hacía en busca de compañía. Durante la huelga recorrí todas las facultades y al menos en cada una de ellas pasaba una noche, la mayoría de las veces con un chico. Ahora asistía a las aulas de clases para tener mis encuentros con muchos amantes huelguistas quienes descargaban sus deseos en mi cuerpo y yo los recibía con placer, intoxicada por tanta droga. Se supone que durante los tiempos de huelga estaba prohibido cualquier tipo de sustancias tóxicas, pero para alguien como yo, no existen las prohibiciones, así que me metí toda la droga que pude. Al principio buscaba cualquier arbusto para esconder los tragos de cerveza y me fumaba un churruto por los jardines menos visitados para que el ambiente no se contaminara con la marihuana. Después mi vicio se volvió descarado, porque lo fumaba y tomaba en las meras narices de los huelguistas más radicales que en varias ocasiones me echaban de la huelga, pero mi terquedad me hacía volver. La huelga universitaria creó una enorme familia y como en toda familia hay una oveja negra, y esa era yo. Todos tenían una responsabilidad doméstica y a veces a

mí me tocaba cocinar y barrer las aulas que se ocupaban como dormitorios. Después de tanto tiempo de vivir juntos, nuestra familia se estaba desbaratando con el divorcio de algunos miembros comenzó a surgir y las peleas entre todos eran más constantes. Y pues como sucede en algunas familias que se desbaratan, un tercero en discordia tenía que aparecer. Los partidos políticos no perdieron la oportunidad para infiltrarse en el movimiento estudiantil y comenzaron a dividir fuerzas. Parecía que la huelga se había caído desde la azotea de rectoría, porque se había fracturado desde la cabeza hasta los pies.

Surgieron los rompe huelgas o conservadores, así los nombraban los más radicales, al principio no entendía porqué ese apodo; muchas veces me llegué a fumar un churro con algunos de ellos. La mera verdad a mí me valía si eran buenos o malos, porque al menos conmigo se portaban poca madre. Quienes me veían con ellos me tachaban de traidora, vendida y hasta me decían la oreja, y eso ocasionó que me echaran de algunas facultades. Mis encuentros con Gloria eran cada vez más alejados, únicamente la veía los días que nos tocaba pagar la renta del departamento, pero fuera de eso ya no nos topábamos como antes.

También comenzaron las habladurías contra Gloria, decían que se había convertido en líder de los conservadores. En una asamblea en el Ché, se estaba discutiendo sobre la situación de Gloria. Lo que se decía de mí eran puros rumores, chismes diría yo y todo por mi forma de ser, pero lo de Gloria estaba más grueso; había testigos que la delataban como una vende huelgas por los encuentros que tenía con los partidos políticos que deseaban entregar el movimiento estudiantil derrotado. El ambiente de la huelga estaba muy tenso y se puso más cuando un alambre de púas rodeó la mesa de las asambleas y las orejas cada día se hacían más grandes para filtrar información. Todos desconfiaban hasta de las paredes y los secretos se guardaban con más celo. La represión que llegaba con los golpes volvía más radicales a los radicales y los errores estudiantiles ahuyentaron a los que en un principio creían en la señora huelga.

En una ocasión me encontré a Gloria en el departamento y me comentó que faltaba poco para que se terminara la huelga, que era cuestión de horas. Sus palabras me confirmaba lo se decía de ella, Gloria formaba parte de los conservadores, ese discurso tan radical que salía de su boca había desaparecido y ahora creía en uno de los partidos políticos que estaba traicionando la huelga. Gloria decía que la batalla estaba perdida, que ya no había argumentos para seguir manteniendo la universidad cerrada y que era el momento de entregarla; sus palabras hicieron pedacitos el concepto que tenía de ella y mi admiración se esfumó en segundos. Sé que soy la menos indicada para criticar su actitud, pero no pude contenerme y le grité en su jeta que era una traidora, porque así la sentía, como una vulgar traidora y eso es peor que ser una drogadicta. Gloria había vendido sus sueños que luchaban por cambiar este sistema tan jodido. Yo seré la más pacheca e irresponsable que haya existido en el mundo, pero así me esté muriendo de las ganas por un churro, jamás traicionaría mis pensamientos porque entonces sí estaría hundida en la mierda y eso precisamente hizo Gloria, se dejó hundir por la mierda.

Gloria me dijo que entre las paredes de las aulas se escuchaba el rumor de la entrada de la policía a la universidad, me aconsejó que no saliera de la casa y mucho menos fuera a la universidad porque era cuestión de horas para que entra la PFP a sacar a los huelguistas. Pero como yo estaba tan enojada con ella, no le creí. ¿Cómo creerle a una traidora? Así que ese me fui a la universidad cuando el sol ya se había metido. El ambiente causaba nervios. Todos se hallaban reunidos en el Ché, quién sabe qué tanto estarían hablando, me encontré con una tensión muy densa. Quienes me vieron llegar me echaron su mirada desconfiada, pero no hice caso, me senté en una de las butacas más alejadas y ahí me tomó el sueño por sorpresa, mismo que fue interrumpido por un grito que avisaba la entrada de la policía a la universidad.

Todos nos hicimos bolita en medio del auditorio, unos a otros nos agarrábamos de los brazos para evitar que nos jalara la marea de granaderos que se vino contra nosotros. Se fueron

acercando los policías y con su tolete golpeaban la bola humana para deshacerla. Entre los golpes y toques de electricidad que nos daban con sus escudos, lograron dispersarnos. Todos fuimos llevados a la cárcel. A mí me llevaron a la de mujeres, con las demás chicas, y es aquí en donde me encuentro escribiendo todos estos recuerdos que, gracias a la sobriedad de mi cerebro pueden estar presentes. Qué bueno que mi madre ya no vive para verme detrás de estas rejas, si lo hiciera estoy segura que se volvería morir. Ya casi son dos meses que no me echo un churro, dos meses en la zona de clasificación en donde nos tienen apartadas de las otras presas y aún no sabemos si volveremos a ser libres.

Al pie del fogón

Ahí estaba al pie del fogón, golpeando una y otra vez la masa contra el metate. Traía puesto un vestido rosa cubierto con un mandil azul y unas sandalias protegían sus pies de la humedad del piso de tierra. En aquel entonces Caralampia aparentaba diez años más de los treinta y cuatro que decía tener, la selva le había sorbido su juventud como una planta sedienta. Caralampia fue una de las mujeres indígenas que bajó de las montañas para levantarse en armas, ella junto con otras mujeres tomaron carreteras para no dejar pasar a nadie durante el enfrentamiento.

—Pues en aquel entonces yo tenía como unos diecisiete años, no recuerdo bien cuando me metí de miliciana.

Llegaba por las noches a la casa de Caralampia, me sentaba en una silla de madera que se encontraba a unos pasos del fogón y prendía mi grabadora para atrapar sus palabras.

—Entramos bien calladitos a San Cristóbal para tomarlo por sorpresa. No había nadie en las calles, ni un ruido vagabundeaba en la plaza. Las estrellas estaban más cerca que nunca de nosotros, parecía que querían desprenderse del cielo oscuro para también entrarle a la batalla. Al frente iba nuestra capitana Ana.

Caralampia hacía una pequeña bola de masa que después aplastaba con la palma de sus manos y cuando lograba hacer una delgada capa redonda, la echaba al comal caliente. Conocí a esta mujer a los dos días de haber llegado a esta comunidad, yo iba por el camino de los sembradíos cuando ella salió entre las milpas, traía un machete en las manos y la acompañaba un perro que empezó a ladrar en cuanto me vio. Le pregunté por el camino que lleva al río y me dijo que ella también se dirigía allá, que por ahí se encontraba su casa. Al principio Caralampia se recibaba sus palabras, era muy celosa con ellas y sólo las dejaba salir cuando sentía que tenían que hacerlo. Después agarró un poco de confianza y fue cuando me habló del río que baja de las

montañas, me dijo que de pequeña cargaba a su hermano el más pequeño en su espalda e iba con él al río a lavar la ropa de toda la familia mientras sus padres andaban en la pizca de café.

—¿Naciste en estas tierras, Caralampia?

—Mi madre me parió en la vieja Garrucha, se encuentra un poquito más arriba, pasando el río hay un camino que lleva a ella. La selva ha ido devorando las casas que una vez habitamos, las ha dejado en el puro esqueleto. Esas tierras no eran buenas para la siembra, por eso decidimos venirnos para acá.

—¿A qué edad llegaste a La nueva garrucha?

—Faltaba poquito pa cumplir los nueve años. Un día mi padre nos habló de abandonar nuestro hogar y lo hicimos antes del amanecer, le teníamos que ganar al sol pa que no nos hiciera pesada la búsqueda de nuevas tierras. Llegamos como veinte familias a este lugar y comenzamos a construir nuestras casas con palos, lodo y ramas de árboles. Así nació la nueva Garrucha, que ya mero cumple sus veinte y cinco años.

La casa de Caralampia estaba retirada de las demás del poblado, desde ahí se podía ver el camino de terracería que lleva a La garrucha, pocos eran los que pasaban cerca de ella. La única forma de llegar hasta allá, es en las redilas que en tiempos de lluvia se quedan atrapadas como animales salvajes en los charcos de lodo. Durante el recorrido se puede ver las montañas tapizadas de árboles, de donde las ruinas del pasado brotan desesperadas para no ser devoradas por la maleza de la selva. Algunas chozas aparecen regadas en el camino, los ríos bajan corriendo de las montañas para que las mujeres laven y bañen a sus hijos en él. El olor a tierra mojada mezclado con leña quemada y con el aroma de hierbas campesinas, acompaña al visitante durante el viaje. Las casas de madera son las primeras en dar la bienvenida a la redila cuando se va acercando a La Garrucha.

—Mi hermano el más pequeño nació aquí, y aquí mismo está enterrado.

—¿De qué murió tu hermano?

—De una bala.

Aún le dolía hablar de su hermano, lo noté porque una lágrima había tapado su garganta e impedía que salieran sus palabras. Caralampia dejó de voltear las tortillas que se cocían en el comal y enjuagó sus manos en el agua de una cubeta que se encontraba a su lado. De una caja vieja de cartón extrajo una credencial de elector.

—Mira, éste era mi hermano cuando cumplió los dieciocho años de edad.

Mi mirada se clavó en aquel rostro delgado en donde algunos vellos pintaban ligeramente el bigote y en sus ojos negros se veía la juventud que apenas comenzaba a brotar. Caralampia regresó junto al fogón para quitar las tortillas que estaban a punto de quemarse.

—Mi hermano estaba en otro poblado como a una hora de San Cristóbal, ahí se estaban agarrando a balazos con los federales. Los milicos eran más, los habían cercado en el mercado de ese poblado y les empezaron a echar bala. Muchos cayeron, entre ellos mi hermano el pequeño. Yo me enteré de su muerte después, al otro día, porque me encontraba en San Cristóbal en donde también había una tormenta de balas arrazando con todo lo que se encontraba en su paso.

Al ver que las llamas del fogón agonizaban, Caralampia echó un poco de leña para hacerlas revivir de nuevo. Las chapas coloradas que el fuego había dibujado en el rostro moreno de Caralampia, resaltaban el color dorado de sus arracadas.

—Ese día la muerte andaba muy enojada, yo creo que era porque nosotros la buscamos cuando se supone que tiene que ser al revés y por eso no perdonó la vida de nadie, se la quitaba a todos aquellos que se encontraban con ella. El primero de enero las calles de San Cristóbal se tapizaron de cuerpos sin alma, ahí estaban tirados, siendo presa fácil para las moscas. Los federales andaban como perros cazando en toda la montaña a los rebeldes.

—Tuviste suerte se sobrevivir a esa balacera.

—Pues más que suerte, fue la ayuda de la gente solidaria. Cuando los milicos nos iban dando alcance, no faltaba quién te diera señales de dónde se encontraban las salidas del pueblo, muchos nos escondían en sus casas. Corrimos hacia la montaña buscando un escondite, trepábamos a los árboles o buscábamos las cuevas para que no nos encontraran. Los federales intentaron bajarnos de las montañas a la fuerza, pero no pudieron.

—¿Cómo los querían bajar de las montañas?

—Pues los federales le prendieron fuego a las montañas para que nos escupieran. La Garrucha se retorció entre las llamas que devoraban las casas, los animales y los árboles. Los pobladores tuvieron que correr hasta el otro lado del río porque la lumbre los estaba correteando por toda la selva.

Aún se pueden ver las heridas que dejó el fuego, las mutilaciones de la selva se notan en los troncos quemados de los árboles que nunca pudieron recuperarse de las quemaduras.

—¿Te fue difícil aprender a usar las armas?

—Sí, mucho. Antes estaba bien flaquita, así como tú. No tenía las fuerzas para cargar un rifle que llevaba conmigo para todos lados, no me despegaba de él ni un solo momento, hasta para comer lo tenía que traer; el primer día que lo hice disparar, el canijo me dio un buen sentón. Estábamos aprendiendo a derrumbar una botella de vidrio, me puse el rifle en el hombro, apunté al blanco, namás con un ojo le echaba una miradita; el disparo fue más fuerte que yo porque me botó y el suelo recibió mi trasero. Cuando me levanté del suelo la botella seguía ahí, burlándose de mí, la canija. Ese golpe no hizo que me rindiera, al contrario, de puro coraje seguí practicando hasta que logre derrumbar a la botella. Desde entonces el rifle se convirtió en mi fiel compañero, si supieras de cuántas me ha salvado el condenado.

—¿Por qué te retiraste de la militancia?

—No me retire por mi propia voluntad, me obligaron hacerlo.

—¿Quienes?

—Los militares me hirieron en el enfrentamiento que duró toda una semana, desde entonces ya no puedo seguir en la militancia. La herida fue tan profunda que me dejó incapacitada para seguir en la guerra.

Quise indagar más sobre esa herida hecha en batalla, pero Caralampia me cambió la conversación al preguntarme si sabía hacer tortillas. Nunca pude comprender el porqué hacia tantas si ella vivía sola. Cuando terminaba dejaba en la mesa de la cocina un chiquigüite lleno de tortillas recién calentitas y al otro día, a mi regreso, de nuevo encontraba a Caralampia al pie del fogón amasando la masa y al comal ardiendo entre las brazas.

—Me gusta que las tortillas amanezcan al otro día en la mesa, para que no me agarren las apuraciones en la mañana, porque el quehacer nunca se acaba por estas tierras.

Caralampia preparaba el nixtamal, hacia una fogata en el patio de su casa y ponía en ella un bote de aluminio, le echaba un poco de cal y lo dejaba cocer todas las mañanas. Cuando los granos se ablandaban, los aplastaba en un pequeño molino casero que se agarraba fuertemente en una de las esquinas de la mesa; le daba vueltas y vueltas hasta que salía la masa por un pequeño orificio.

— En la guerra no teníamos nada que comer, bueno, nunca lo hemos tenido, pero esa vez el hambre se volvió más fuerte. El gobierno bloqueó los caminos de las montañas para que no nos llegara el alimento de otras comunidades vecinas, ésa era su forma de presionarnos para obligarnos a rendirnos.

Cuando uno va subiendo las montañas, se puede ver los campamentos de los militares que desde la guerra se quedaron ahí, vigilando las montañas, esperando la hora de ver bajar a los rebeldes. Hay que inventar que vamos a las cascadas de visita o a las ruinas construidas por los antiguos Mayas, para no dejar sospechas de nuestro encuentro con los que se han levantado en

armas.

—Los milicos se quedaron ahí, al pie de las montañas, esperando a que bajemos. Han hecho de todo pa que nos rindamos, queman las casa y la milpa, hasta matan a nuestra gente para que dejemos nuestra lucha.

Una noche llegué a la cocina de Caralampia y el fogón estaba apagado, pero aún guardaba el calor del fuego, había señales de haber sido prendido. Caralampia no estaba, busqué en toda la casa, una cadena y un candado impedían la entrada a los cuartos de dormitorio. Esa noche pensé que tal vez Caralampia tuvo algo importante que hacer y casi no le di importancia. Pero las siguientes dos noches no volví a encontrar a Caralampia al pie del fogón, de nuevo estaba apagado, pero las cenizas delataban que había sido prendido. El chiquihuite lleno de tortillas estaba puesto en la mesa. Había pasado una semana y no sabía nada de Caralampia, un día se me ocurrió preguntar por ella entre los pobladores de la comunidad, nunca antes lo había hecho porque no lo creí necesario; pensaba que tal vez era un poco huraña y que por esa razón no salía de su casa para convivir con los demás. Nadie supo decirme nada de Caralampia, de hecho pude percibir un poco de asombro en su rostro cuando mencionaba su nombre.

Después de tanta insistencia logré que una señora de la comunidad me dijera algo sobre esa mujer de baja estatura, morena, cabello largo que trenzaba con listón de lana y que vivía junto al río que está a las afueras del poblado. La señora me dijo que hace muchos años, antes de que iniciara la guerra entre los indígenas y los federales, vivía una joven con sus padres en esa casa que se encuentra junto al río, pero que un día llegaron los militares a la comunidad buscando campesinos rebeldes. Comentó que destruyeron todo lo que se encontraban a su paso, que mataron a muchos niños, ancianos y que mataron a varias mujeres después de violarlas. La mayoría de los habitantes lograron salir de sus casas antes de que los militares les prendieran fuego y huyeron hacia la cima de la montaña, al otro lado del río, pero muchos no corrieron con

la misma suerte. La mujer mencionó que los militares torturaron a los padres de Caralampia y que a ella le dieron el tiro de gracia cuando fue abatida en el enfrentamiento contra los federales. La señora me dijo que eso había pasado hace muchos años y que pues era imposible que Caralampia sea la mujer con la que platicaba todas las noches porque nadie habita esa casa que casi se cae de lo vieja que está. Traté de convencerla de que sí había visto a Caralampia, que era verdad que su casa está un poco descuidada, pero aún era habitable, sin embargo, la señora no me creyó.

Ya no insistí en buscar a Caralampia, deje de ir al río y no volví a andar por el camino de los sembradíos. Me fui de la Garrucha al poco tiempo que deje de ver a esa mujer que no dejaba de echar tortillas. Una vez en mi departamento, en la ciudad, transcribí la entrevista que tenía guardada en mi grabadora. No sé con quién había conversado todas esas noches, tal vez era Caralampia o a la mejor era otra persona que se hizo pasar por ella, pero lo cierto es que conservo la voz de una mujer que peleó en el levantamiento indígena de mil novecientos noventa y cuatro.

Porque suenan los tambores

Estos hijos de puta amenazan con tirarme del décimo piso, dicen que me lo merezco por andar de pinche revoltoso. Me dan vértigo las alturas. Una navaja clavada en mis costillas, amenaza con arrojarme al vacío. Estos cabrones me obligan a chingadazos a abrir los ojos para que mire la distancia que hay entre el suelo y nosotros. El frío viento intenta sostenerme mientras me tambaleo de la orilla de esta azotea. Si estos putos me sueltan, seguro me hago mierda en cuestión de segundos, ya se dieron cuenta de mi pánico a las alturas, disfrutan ver mis piernas temblar. Magda se encuentra atrás de mí, a unos pasos, pero no me dejan voltear a verla; sólo escucho su llanto y la voz de los otros culeros que la obligan a hacer sentadillas desnuda, del uno al cien. Le dicen a Magda que grite los números porque no la escuchan, los muy culeros se burlan de ella y yo sin poder defenderla.

—¿Ya ves, pendejito?—dice el cabrón que me pica las costillas con la navaja —mejor te hubieras quedado en tu casa viendo telenovelas, qué necesidad de venir a hacer tus desmadres hasta acá. Aquí no estás en el D.F., allá les dejan hacer lo que se les dé su chingada gana, pero aquí sí les partimos la madre a los revoltosos que alteran la tranquilidad. ¿Qué?, no me digas que ya se te olvidó...

Cómo olvidarlo, cada que este cabrón me da un madrazo en la jeta por no contestar a sus preguntas, me acuerdo de los miles de granaderos custodiando las calles de Guadalajara. La ciudad parecía todo un cuartel militar; con cualquier percance, por muy pequeño que fuera, los uniformados corrían alarmados para resolverlo a su modo. Magda y yo llegamos el jueves por la mañana, cuando los rayos del sol hacían un esfuerzo por calentar el aire frío. Las avenidas estaban desérticas, no había ni un perro merodeando los botes de basura, parecía que les habían prohibido hacerlo. Fue hasta el medio día que la gente se animó a salir de sus casas, se notaba

cierta incertidumbre en sus rostros. ¡Y cómo no ha de serlo! El exceso de policías se desplegó en cada esquina de la ciudad intimidaba a cualquiera. Los hombres armados vestidos de azul que sostenían un escudo de plástico, daban vueltas y vueltas; eran como juguetes robóticos lanzando miradas amenazadoras a todo aquel que pasaba junto a ellos.

Tuvimos la desgracia de ver cómo unos de esos uniformados amedrentaban a un joven, que a simple vista parecía menor de veinte años. El pobre güey salía de una tienda de abarrotes, cargaba bolsas de plástico estampadas con el nombre de OXXO. Vestía todo de negro, traía barba y el cabello le llegaba hasta los hombros. Los polis se acercaron a él, comenzaron a inspeccionarlo y le arrebataron las bolsas de las manos. Desde donde nos encontrábamos, en la banqueta, alcanzamos a escuchar que le decían que estaba prohibido andar en las calles con bebidas alcohólicas y por tanto tenía que acompañarlos a la jefatura de policía. El chavo no se tragó ese cuento, respondió que no estaba tomando en la calle, que tan sólo había salido a comprar unas cuantas chelas para bebérselas en su casa y que eso no era delito. ¡Pobre cuate, santa madriza que le dieron! En cuanto terminó de decir esas palabras, cinco cabrones lo tumbaron al suelo a puro chingadazo. Las botellas de caguamas se hicieron pedacitos en cuanto chocaron contra el piso de concreto. Los tiras comenzaron a patear al compa con sus botas negras, de ésas que tienen casquillo en la punta para reventar los huesos; le daban en la jeta, en el estómago, brazos, piernas, costillas y hasta en los huevos.

Quienes pasaban junto a los cabrones que parecían lobos hambrientos devorándose a su presa, ponían cara de asombro. Más bien era de susto. Nadie se atrevía a defender al chavo. Sólo una señora de edad adulta comenzó a gritar que lo soltaran, les dijo que eran unos montoneros. Uno de ellos le lanzó su mirada de animal salvaje enfurecido y le gritó que siguiera su camino, que era asunto de la autoridad. Y la señora se retiró, con la pura mirada del poli bastó para que tuviera miedo. Dos tiras llevaban al chavo agarrado de los brazos, sus pies iban barriendo el piso,

de su boca salían chorros de sangre, sus labios estaban completamente floreados y los párpados le cerraban los ojos. Lo treparon a una patrulla.

Magda me sujetó fuertemente del brazo que hasta me dejó la marca de sus uñas en mi piel. No quería que me metiera durante la golpiza. De ser así, también me hubiera ido igual o peor que al cuate, pues ellos eran más que nosotros. Lo único que pude hacer en ese momento, fue tomar fotos con mi celular. Ese mismo día, por la tarde, antes de la manifestación, subí las fotos al Internet acompañadas con un texto en donde describía cada detalle de lo sucedido. Por supuesto que también subimos a la Web el número de las placas de la patrulla en la que montaron al carnal. Magda me hizo ver que ésa era la mejor manera de ayudar al chavo, haciendo pública la chinga que le dieron por si resultaba desaparecido el día de mañana.

La manifestación comenzó antes de que se debilitara el sol. Vino gente de toda la República y de otros países de Centroamérica. Nos dirigíamos a la sede donde se encontraban reunidos los mandatarios más ricos del mundo. Miles de pefepos fueron custodiando el recorrido de la multitud que soltaba adrenalina conforme avanzaba. Durante el recorrido se escuchaba, “esos son, esos son los que chingan la nación”, o, “hay que estudiar, hay que estudiar, el que no estudie a policía va a parar”. Ambas frases en coro y señalando a la valla de granaderos que vigilaba el desenvolvimiento de la marcha de esa tarde calurosa.

Magda y yo nos encontramos con nuestros cuates, cuando apenas iban llegando a la Glorieta Minerva contingentes de diversas organizaciones sociales, para dirigirse al centro de la ciudad de Guadalajara. Encontramos a nuestros amigos cargando sus tambores metálicos y esperando a que nos reuniéramos con ellos. Una vez iniciada la marcha, hicimos sonar nuestros tambores. Una ola de fotógrafos se dejó venir hacia nosotros, lanzaban el flash como si fueran flechas contra el uniforme rosa con negro. Las calles se abrían cual mar ante Moisés con los zurdos, tamborines, repique, tarolas, agogós y shakers, todos alineados en dos filas hicieron

retumbar cada rincón de Guadalajara. Los zanqueros caminaban como garzas entre la gente, un grupo de mujeres al frente de los tambores movían cadera y piernas al ritmo de la samba. Conforme chiflaba el silbato que dirigía a los instrumentos, una masa humana se aglutina en las calles. Las miradas vigilantes de los granaderos delataban que en cualquier momento entrarían a la alineación de los instrumentos, para empezar a callarlos. Los toletes parecían estaban ansiosos por comenzar a golpear a la marcha. Eso ponía un poco inquieta a Gloria. Desde que vimos el incidente del chavo golpeado por granaderos, por la mañana de ese día, tuvimos un mal presagio. Algo nos decía que la manifestación no iba a terminar bien, pero hicimos caso omiso a nuestra corazonada. Conforme avanzábamos, los nervios de Gloria iban dominando su tambor y varias veces perdía el ritmo. Los otros tambores volteaban a verla para tranquilizarla y trataban de incorporarla a la melodía.

La marcha se detuvo en la calle 16 de septiembre porque se encontraba colocada una valla metálica tras la que se resguardaban los granaderos. Un grupo de jóvenes vestidos de negro, con el rostro encapuchado, con tubos y palos de madera en las manos, se infiltraron a la manifestación y se dirigieron hacia donde se encontraba la valla metálica, que intentaron debilitar con sopletes, hasta que lograron derribarla. Piedras y botellas de vidrios eran lanzadas para que azotaran contra los escudos de granaderos. Eso provocó la entrada de la tira a la marcha y la dispersión de la misma. Granaderos comenzaron a golpear y a detener a varios de los manifestantes, entre ellos a Magda y a mí. Ambos tratamos de correr, pero los tambores nos lo impidieron; por querer escapar de los uniformados, no logramos desabrocharnos el cinturón que nos ataba a ellos. En cuanto vimos que venían como diez pefepos hacia nosotros, nos deshicimos de los tambores y nos entregamos sin ninguna resistencia. Nos treparon en un camión antimotines, en el interior había varias personas sangrando por las heridas hechas durante la detención. Escuchaba los quejidos de los que recibían toletazos en la cabeza por quejarse de los

golpes y un olor a sangre se impregnó en el ambiente. No sabía a dónde nos dirigíamos. Cuando se detuvo el camión por casi una hora, mi corazón se alborotó tanto que hasta parecía querer escaparse de mi pecho; por un momento llegué a pensar que nos iban a desaparecer. Bajaron a varios que nunca volvieron a subir. A quienes seguíamos en el camión nos trasladaron a una especie de bodega y después de varias horas, unos hombres que cubrían su rostro con pasamontañas, comenzaron a seleccionar gente. Alcancé a escuchar que algunos se los llevarían a la jefatura de policía para tomar su declaración. No todos corrimos con la misma suerte, nos trasladaron a lugares diferentes.

Desde entonces Magda y yo estamos en la azotea de este edificio que poco le falta para cara caerse por la vejez. No sé cuántas horas llevamos aquí, sólo recuerdo que cuando llegamos a este lugar la luz del día se apoderaba de la oscuridad de la noche, pero después la noche de nuevo logró obtener su poderío. Constantemente estos cabrones me preguntan si pertenezco a alguna organización social y, como no respondo a sus preguntas, amenazan con arrojarme del décimo piso. Magda sigue haciendo sentadillas, lo sé porque aún escucho el conteo de los números; a veces mi curiosidad me vence e intento voltear a verla, pero al hacerlo, los golpes llegan a mi rostro.

—No te hagas, güey—me dicen mientras me empujan ligeramente para que pierda el equilibrio y caiga al vacío—sabemos que te sientes un salvador del mundo y andas haciendo desmadres. Sabemos todo sobre ti y tu linda compañera. Tenemos un amigo allá en el DF que te conoce y ya nos dijo que has estado antes en la cárcel por pinche grillo. Nosotros somos como Dios, porque lo sabemos todo. Estamos enterados que ayer por la mañana estaban de morbosos viendo cómo los compañeros ponían en cintura a otro revoltoso que se negó cooperar con nosotros y que tomaron muchas fotos. Dinos qué hicieron con ellas, ¿no te acuerdas?, ¿quieres que te refresque la memoria?.. Parece que quieres volar, cabrón.

El sonido de un celular logra parar los golpes que recibo y me alejan de la orilla de la azotea, y por primera vez Magda deja de contar. Un tipo comienza a hablar con el celular, no logro escuchar la conversación; se acerca a los otros que me vigilan y veo que se secretean. Después me comunican que antes que, termine la madrugada, me van a soltar, que alguien pagó mi fianza, pero que Magda se queda.

—Mira, carnal, es mejor que no digas nada de lo que pasó en esta azotea, digo, si es que quieres volver a ver a tu amiguita con vida—me dicen, mientras me dan ropa limpia y un trapo para limpiarme la sangre de mi rostro—ella no se puede ir porque la tiene más difícil, está acusada de varios delitos y yo creo que se va a pasar unos añitos en la cárcel. Tu amiga va a estar bien con nosotros, sólo quédate calladito y nada le va a pasar.

Me suben a un Tsuru blanco que deja atrás ese edificio viejo, aún con Magda. Me entregan a un centro penitenciario y después de cinco horas de estar tras las rejas, me comunican que ya voy a salir. Afuera del reclusorio se encuentra un grupo de personas que aplauden mi salida -¡presos políticos, libertad!- gritan conforme me voy acercando a ellos. Algunos fotógrafos deslumbran mi vista, con trabajos logro abrirme camino para llegar hasta mis padres y amigos. Todos me abrazan, me estrechan la mano y me preguntan por Magda.

El encuentro

¡Qué diferente se ve a Ciro en esta foto! Ha engordado y se dejó el bigote a lo Zapata. Hace tiempo que nos conocimos, en aquel entonces la piel no se le quería despegar de las costillas y su pecho se encontraba rajado del lado del corazón. Ciro tiene mucho en común con Caralampia, también es indígena, pero de los de allá, de Guerrero, casi no le gusta hacer amistades; es medio huraño y desconfía hasta de las moscas que merodean por el patio de su casa. Siempre anda mirando a todas partes para ver por dónde llega el viento, porque dice que suele ser traicionero, “uno nunca sabe lo que arrastra el aire”, decía Ciro. ¡Qué mal que no se conoce con Caralampia!, seguro se llevarían bien, tienen el mismo pensamiento.

Los de la montaña de Guerrero me habían invitado a su comunidad para que mirara con mis propios ojos lo que pasaba por allá, porque decían que las cosas no andaban bien, que había paramilitares hasta por debajo de las piedras. No era la primera vez que viajaba a las montañas de Guerrero, ya había ido antes, cuando su Policía Comunitaria cumplió años. En esa ocasión iba con los de la batucada, fuimos invitados para tocar en su aniversario. Creo que era la primera vez que los de por allá escuchaban la música de samba, porque en cuanto sonaron los tambores se quedaron calladitos y sólo nos miraban; como que trataban de entender eso que escuchaban y por más que le metíamos ritmos movidos, pues no lográbamos que sus pies se movieran ni un centímetro del suelo, y terminaron por dejarnos con nuestra música extranjera.

Salí bien tempranito. Aún estaba oscuro el cielo, sin estrellas y sin nubes. Bueno, acá en la ciudad el smog ya no deja asomar a las estrellas. No es como allá en Guerrero, en donde las estrellas parecen tocar la cima de las montañas con su brillo. Tuve que dejar el carro en San Luis Acatlán porque no estaba acostumbrado a las montañas, ese auto es para la ciudad. Así que me fui en otro tipo de vehículo, en uno más recio para andar por los caminos empedrados. Y ahí iba

trepado en esa redila que se zangoloteaba de un lado a otro, bien agarrado de los bordes para no caer y tragando bocados de tierra alborotada. Llegué a la casa de Braulio todo espolvoreado de tierra como color mostaza, de esa que cuando llueve se vuelve chiclosa y se pega en la suela de los zapatos hasta convertirse en una gruesa capa de lodo. Ciro se encontraba fuera de su casa, sentado en una silla y dejando que el sol entrara por cada uno de los poros de su piel. Desde ese momento, la mirada de Ciro comenzó a acosarme, había ocasiones que se me aparecía hasta en la oscuridad del cuarto en donde me hospedaba, pero de inmediato se desvanecía cuando encendía la luz. Las casas de Braulio y Ciro están separadas por una reja construida con ramas secas, unidas con alambre de púas que no cubría para nada la intimidad de ninguno.

Ciro vigilaba cada uno de mis movimientos, esto comenzó a causarme un poco de desconfianza. La otra vez, cuando me disponía a ir al río que baja de las montañas para encontrarse con el mar, Ciro me abordó y comenzó hacerme la plática, yo no quería muy bien hablar con él, pero sin saber cómo había caído en un interrogatorio del cual no podía salir. Me preguntó que de ¿dónde venía?, ¿quién era?, ¿cómo me llamaba?, que si era zapatista y no sé cuantas preguntas más me hizo. En varias ocasiones intenté hablar con Braulio sobre Ciro, pero éste evadía la plática en cuanto pronunciaba su nombre.

Desde que llegué, la gente del lugar me traía de un lado a otro, paseaba por los sembradíos de café, por la destiladora en donde preparan el aguardiente que nombran en las montañas Llanto de la sierra. En una ocasión Braulio me dio a probar un poco de esa bebida. “Llévatela tranquila, porque la montaña es engañosa”, me dijo Braulio al ver que me había tomado la bebida de un solo golpe. En todo el poblado se podía ver algunos hombres vestidos con pantalón negro, playera verde olivo, cargaban un rifle en los hombros y cubrían la cabeza de los rayos solares con una gorra negra. Eran los guardianes de las montañas, “antes de ellos eran pocos los que lograban pasar por los caminos de las montañas sin ser asaltados o baleados. Las mujeres ya ni podían ir

por el agua al río porque un cabrón les salía de entre los árboles”, me comentaba Braulio camino a la casa de su compadre.

Me daba trabajo entender a los pobladores de aquel lugar, porque la mayoría no habla español; Braulio me traducía lo que quería saber. Hubo una reunión para presentarme con la comunidad. Braulio tradujo mis palabras al mixteco para que los pobladores de las montañas guerrerenses me entendieran, “así son las costumbres de las montañas, cuando alguien viene de visita, la gente de acá tiene que estar enterada de su llegada para saber si viene de buena fe”, me decía Braulio cuando íbamos camino a su casa al terminar la reunión, “no cualquiera puede llegar así nomás a las montañas, acá como que no quieren a los de la ciudad porque algunos de ellos no se han portado bien con la gente de estos lados. Te voy a contar algo que pasó con dos jóvenes que estaban así como tú, de tu misma edad, pues: era un hombre y una mujer que vinieron a las montañas para ayudarnos a construir la escuela. Decían que eran pintores y dibujaron el rostro de Zapata y Genaro en las paredes de la escuela. Los pobladores los miraban con malos ojos, desconfían de los hombres barbones y con cabello largo; les hacían muchas maldades, les tiraban la pintura a propósito. En una ocasión, estaban pintando la escuela, construyeron una torre para poder alcanzar las partes más altas de las paredes, la mujer resbaló de ella y se rompió un brazo al golpearse con el suelo. Los pobladores pensaron que con esa mala experiencia regresarían a su lugar, a la ciudad, pero quedaron sorprendidos al ver que al día siguiente, bien tempranito, la mujer se encontraba pintando así con su brazo roto. Desde ese momento la gente empezó a confiar, se dieron cuenta que venían de buena fe y poco a poco los fueron aceptando como parte de la comunidad”. Braulio seguía con su relato mientras yo recordaba haber visto a Ciro en la reunión de presentación. Se encontraba solo y apartado de todos los demás. Le quité la vista por unos segundos y cuando de nuevo puse la mirada en el rincón en donde estaba parado, había desaparecido.

Me agarró la noche de muertos en aquel poblado. El panteón se encontraba iluminado en la mera cima de la montaña, hasta parecía que tenía una corona de lumbre que rodeaba su pico. Esa noche Ciro estaba sentado en una piedra, junto a una tumba y desde ahí me lanzaba su mirada pesada. Nadie de los presentes en el panteón se le acercaba, la única que lo acompañaba era su esposa quien limpiaba y ponía flores a la tumba, que igual se encontraba apartada de las demás. Antes de retirarme del plantón, miré por última vez a Ciro y ahí seguía, sentado en la misma piedra con la soledad de la tumba que velaba. Cuando llegué a la casa de Braulio vi que los vecinos tenían las luces de la casa prendidas, creí que se les había olvidado apagarlas. Pasaban de las doce de la noche. Me dirigí a la reja que separa la casa de Braulio de la de Ciro, fumaba un cigarrillo cuando sentí que alguien vigilaba mi espalda. “Buenas noches”, dijo el hombre que estaba parado detrás de mí, junto a la reja, cubriéndose del frío con un sarape. Respondí al saludo y sin darle la oportunidad de entablar una conversación, encaminé mis pasos hacia la casa de Braulio. El encuentro me inquietó porque yo juraba que Ciro se había quedado en el panteón y era imposible que hubiera llegado antes que yo. Al otro día estaba dispuesto a hablar con Braulio, quería decirle lo que me pasaba con Ciro. Deseó saber quién era ese hombre que día y noche me perseguía, pero Braulio de nuevo evadió mi interrogatorio, “hay que aprovechar la luz del día para ir a los cafetales”, me dio como respuesta.

Una vez más me interceptó Ciro en la reja, “dice mi mujer que te invita a tomar café antes de que el sol se guarde”. No me dio tiempo de responderle con una negativa, los nervios me hicieron prometer que después de ir a los cafetales me tendría en su casa. Ya no había vuelta atrás, había dado mi palabra y eso allá en las montañas se respeta mucho. “Si uno falta a su palabra, por estos lados, se toma como ofensa, es como una traición, pues”, me dijo un día Braulio mientras descansábamos bajo la sombra de un árbol, después de nadar en el río.

Espere a que Braulio se fuera a San Luis Acatlán a hacer un encargo, para ir a la casa de

Ciro; su mujer se portó muy amable, al principio se mostró un poco tímida, me saludó en mixteco porque no habla español. “Me fui de mi pueblo muy chamaco”, me decía Ciro mientras daba sorbos al café caliente, “yo creo que tenía más o menos como unos diez años. No hacía mucho que habíamos enterrado a mi padre en estas tierras que ya no daban para mantener a siete chamacos. Allá en la ciudad aprendí un poco el español, trabajé en un mercado bien grande, cargaba bultos de harina y de papa. Ya más crecido, cuando los bigotes medio me pintaban el rostro, me metí de policía. No tardé mucho en ese trabajo y después me regresé a mi pueblo”. La plática de Ciro parecía no tener fin. El tiempo se olvidó con la imagen de un joven de veinte años subiendo a pie las montañas de Guerrero, que regresaba a su pueblo después de diez años. Y así estaba, mirando fijamente a Ciro para que no se me escapara ni una de sus palabras, hasta que éstas dejaron de ser pronunciadas.

Por fin había logrado hablar con Braulio sobre Ciro, le dije que bebí café con él y su mujer. Braulio no decía nada, calladito me miraba y escuchaba mi relato muy atento. Sus ojos enrojecieron y se habían inundado de lágrimas. “No sé con quién platicaste anoche, pero ése no pudo ser mi hermano Ciro”, comentó Braulio mientras se secaba el sudor que se había mezclaba con las lágrimas que recorrían por su rostro, “ayer fui a San Luis Acatlán a que me dieran razón de Ciro, porque desde hace varios días se encuentra hospitalizado, su corazón como que ya no le quiere latir muy bien y está bien dormido, no se mueve desde hace días. Los doctores lo hacen respirar a fuerzas con sus aparatos, pero sus ojos no miran, hasta parece que se murieron. Dicen los doctores que a lo mejor Ciro no se salva de ésta”. Braulio hizo una pausa para tragarse el nudo de la garganta que casi no lo dejaba hablar. “Ciro fue el primer fundador de la Policía Comunitaria, durante mucho tiempo peleó para que en las montañas se pudiera vivir tranquilo, él fue de los primeros miembros de La coordinadora de Autoridades; ahora se encuentra muy malo, yo rezo todas las noches para que se salve de ésta. Aquí nadie habla de Ciro, todos callamos

porque el gobierno lo anda buscando, lo quieren agarrar, dicen que lo de la Policía Comunitaria no tiene validez, que no representa ninguna ley, pues. Los asesinos y ladrones que han recibido castigos de la Policía Comunitaria fueron a quejarse con las autoridades de la ciudad, dijeron que los de la comunitaria los habían secuestrado por órdenes de Ciro. Por eso no te comenté nada de mi hermano. Su mujer anda aquí, en su casa; a veces se va a ver a Ciro al hospital; el día de muertos ella estaba en el panteón limpiando la tumba de su única hija.”

Quise convencer a Braulio de que realmente había tomado café con Ciro en su casa, que podía comprobarlo con su mujer preguntándole, pero Braulio me comentó que la esposa de Ciro no anda bien de la cabeza, que perdió la razón entre el dolor de haber perdido a su única hija y desde entonces su mente anda perdida entre sus recuerdos.

De regreso al D.F., iba sacando miles de explicaciones sobre, Ciro y Braulio, ya no sabía qué creer. Por un momento llegué a pensar que tampoco existía Buenavista, el pueblo que iba dejando atrás, pero de no ser por las noticias que se dan a diario sobre esta comunidad, aún tendría esta duda. Nunca más supe de Ciro y tampoco de Braulio, hasta el día de hoy. El nombre de Ciro aparece en primera plana en la mayoría de los periódicos, mencionan que el principal fundador de La coordinadora de autoridades, ha salido de la cárcel de Chilpancingo.

Rumbo al Metro

Y ahora, ¿qué les voy a decir a mis padres?, ¿cómo les digo que de nuevo me han agarrado? Estos cabrones no tienen la intención de soltarme. ¿Qué voy hacer? Me carcome la preocupación de no volver a ver a mi familia. No quiero pasar por lo mismo. Una vez más me llevan presa sin hacer nada. Fui a saludar a una amiga cuando me salieron por la espalda estos tipos. No debí alejarme de los demás sabiendo que había un chingo de granaderos y un montón de orejas infiltrados en la marcha. Hasta son pendejos porque no saben disimular tantito, los muy descarados traían una cinta azul alrededor de su cabeza rapada tipo militar, para identificarse y esos meros fueron los que me atoraron.

La primera vez que me detuvieron fue hace como dos años, en Guadalajara. Nos manifestábamos en contra del ALCA y antes de llegar a nuestro destino que nos salen miles, pero un chingo de granaderos bien armados. A Manuel y a mí nos atoraron, a él lo dejaron salir primero, y una semana después me soltaron. La verdad, esos putos se pasaron de pendejos, no me dejaban ir porque decían que estaba bien madreada y no querían que me vieran los moretones que tapizaban todo mi cuerpo. Cuando supe que soltaron a Manuel, mis lágrimas no paraban de rodar por mis mejillas, creí que me iban a desaparecer o violar porque nunca dejaban de decirme que lo harían para que me quitara lo pinche revoltosa. La mera verdad sí quedé ciscada con lo de Guadalajara, ahora mi vida salta del susto hasta con el tronido de los cohetes de la feria de mi pueblo.

En un tiempo decidí no volver a tocar en la batucada, pero no duré mucho sin hacerlo, por eso venía a esta marcha que se realizó en el DF. Arrancamos con samba, le dimos bien fuerte a los tambores para que sonaran chido y cuando pasábamos por debajo de los túneles de periférico, el sonido rebotaba en sus paredes que hacía parecer que iban como unos cincuenta tambores

sonando, cuando en realidad en realidad éramos quince. Hubo un momento que el bloque negro, o sea los anarcos, no se separaba de nosotros. Desgraciadamente a los compas anarcos los tienen bien ubicados, tiro por viaje se los madrean los tiras, por eso preferimos ir tocando lejos de ellos y no por mala onda, lo hacemos por su bien y el nuestro. Nosotros traemos tambores y la mera verdad es bien difícil correr con ellos cuando la tira llega de gandalla a las manifestaciones, por eso en Guadalajara nos atoraron, porque con los tambores parecía que traíamos plomo en las piernas.

No fue mucho tiempo que me separé de los demás, ni veinte minutos pasaron, nada más fui a saludar a Norma que estaba a unos metros de nosotros y cuando iba a reunirme nuevamente con mis compañeros, que me salen esto gueyes en una de las calles que colinda con la avenida ocupada por los manifestantes. Eran como unos diez los que me cubrieron, yo creo que por eso nadie vio que me estaban subiendo a la patrulla.

—Ven para acá—así me dijeron—ni se te ocurra hacer desmadres porque te va peor.

Ya había terminado la marcha, bueno, la verdad es que una vez más los granaderos lograron dispersarla, así como en Guadalajara. Ni nos dejaron llegar al Centro Banamex. En cuanto supimos que los madrazos habían comenzado en la mera cabeza de la manifestación, decidimos retirarnos, muchos contingentes decidieron hacer lo mismo. Antes de llegar al metro Chapultepec, nos detuvimos para esperar a Manuel que se había atrasado y fue ahí cuando vi de lejos a Norma. No me iba a tardar mucho, sólo la quería saludar.

Me siento muy cansada. Sí, está cabrón cargando un tambor miles de kilómetros. Desde las cuatro comenzó la manifestación contra el IV Foro Mundial del Agua y ya casi van a dar las nueve de la noche. No creí que le cayera tanta banda y tampoco pensé que se fuera a poner tan fea la cosa. Todo empezó a la altura del museo de Antropología, cuando llegaron unos tipos encapuchados, eran más de cincuenta cabrones, rodearon a una patrulla y la deshicieron todita.

Los patrulleros alcanzaron a salir antes de que les prendieran fuego, nosotros íbamos pasando en ese momento, escuchamos cómo los vidrios de la patrulla crujían en el fuego. Tuvimos que apresurar el paso, pero sin dejar de tocar. Desde lo de la patrulla, el número de granaderos aumentó.

—Ya merito nos vamos, no desesperes—me dice un hijo de puta que sube a la patrulla.

—Quiero saber el porqué me detuvieron—le pregunto.

—Mis compañeros dicen que te vieron destruir una unidad de policía.

—No es verdad—le digo.

—Eso lo tienes que comprobar.

No quiero que este culero me note el miedo, por eso mis ojos se han tenido que tragar las lágrimas. La gente que vino a la marcha ya se está retirando. La angustia me está torturando. Yo creo que ya me abandonaron los demás, han deber pensado que me fui con Norma. Los del Ajusco van pasando frente a la patrulla en la que me encuentro y que está custodiada por granaderos, pero ni cómo gritarles. Allá van las mujeres mazahuas, ellas fueron las que encabezaron la marcha, pero tampoco me ven. Me están dejando y nadie se ha enterado que me han agarrado. Cuando pasó lo de Guadalajara, muchos fueron testigos de que me atoraron a mí y a Manuel por eso me devolvieron con mi familia, pero ahora no hay quién denuncie que estoy en esta patrulla.

No se me hace raro que me hayan agarrado, ya nos tienen bien checaditos, porque al salir del metro como quince policías nos detuvieron con nuestros tambores. A mí hasta me hurgaron la mochila, en ese momento iban saliendo del metro un grupo de personas que iban para la marcha, eran como cincuenta, y en cuanto vieron lo que nos estaba haciendo los tiras, los rodearon con una actitud de linchamiento para que nos soltaran. Y desde ese momento no nos despegábamos de nuestros salvadores durante toda la marcha, en donde un Quetzalcóatl, hipnotizado por la

música de nuestros tambores danzaba a nuestro alrededor.

La patrulla en la que me encuentro se exhibe cínicamente, hasta parece hacerlo a propósito para presumir que me tiene presa. Todos la miran al pasar, pero creo que no me ven. Los tipos estos, los que tienen la cinta azul alrededor de la cabeza y visten una playera blanca, me llevaron a una calle que fue bloqueada por granaderos, y ahí me subieron a la patrulla. Yo ya los había visto desde que arrancó la manifestación, no se nos despegaron ni un sólo minuto y nada más andaban tome y tome fotos a los de la batucada. Siempre es lo mismo, el pinche gobierno tienen que mandar a sus puercos para madrearnos en las manifestaciones. Era de esperarse que en esta ocasión llenaría la ciudad con sus más finos represores, pues nuevamente los mandatarios más poderosos del mundo se reúnen en nuestro país y era obvio que no querían que los molestáramos.

Después de la mala experiencia en Guadalajara me he tenido que cuidar, porque no he dejado de recibir amenazas y es que una vez fichada no dejan de joder las llamadas anónimas. Pero soy terca, y aquí estoy de nuevo. Hasta mis padres me lo habían advertido, no quieren pasar por lo mismo, andar buscando como locos en todas las jefaturas de policía a su hija. Yo tampoco quiero volver a pasar por lo mismo, pero me da coraje que se me trate como delincuente, ya no puedo salir a la calle porque en cualquier momento me van a detener.

Se me hace extraño que nadie haya visto cómo estos tipos me llevaban a esta patrulla que parece ya va arrancar.

Dos tipos se han subido conmigo en la parte de atrás de la patrulla y otros dos al frente. Los granaderos van abriendo camino para que pasemos. Ya quedan pocos contingentes de la marcha, la mayoría se tuvo que retirar porque hasta enfrente, donde está la valla de contención, la batalla entre los granaderos y manifestantes no cesa. El estallido retumba en los vidrios de la patrulla y el grito de la sirena de las ambulancias no deja de sonar. Seguro mis amigos ya se

retiraron. La patrulla avanza lento porque aún no están del todo despejadas las calles de manifestantes.

—Agacha la cabeza—me dice uno de los policías que va en la parte de atrás conmigo.

Seguro no quieren que me reconozca la gente que pasa junto a la patrulla y por eso me esconden. Nos hemos detenido. Un grupo de manifestantes nos rodean, logro reconocerlos. Empiezan a mover la patrulla, la mecen para obligarla abrir las puertas. Los granaderos intentan dispersar a los que tratan de sacarme del auto, avientan gas lacrimógeno para cegarlos y golpean su tolete contra su escudo. Los tambores lanzan su sonido para pedir ayuda, pero entre tanto alboroto no logro ver en dónde se encuentran. El grito de libertad toma fuerza con la llegada de más personas y acorralan a los granaderos que me tienen prisionera. La presión de los manifestantes hace que mis opresores salgan de la patrulla dejándome adentro, los granaderos crean una valla para protegerse y se retiran del lugar.

—Creí que se habían ido sin mí—le digo a Manuel quien abre la puerta de la patrulla por fuera.

—Norma vio cuando estos tipos te jalaban y corrió a avisarnos. También los del Ajusco te vieron en la patrulla. Estábamos esperando a que la patrulla saliera de esa calle en donde se encontraba para pararla y obligar a esos pendejos que te soltaran.

Dejamos atrás la patrulla abandonada a su suerte y avanzamos en contingente hacia la estación del Metro Chapultepec, cuidándonos unos a otros para evitar otra detención.

Los estragos de la batalla

Desde que empezó este desmadre, las campanas de la iglesia no han dejado de zangolotear de un lado a otro, su sonido desesperado retumba en todas las casas pidiendo ayuda; los cohetes siguen estrellándose contra el cielo oscuro para lanzar su llamado de auxilio. La imagen de los pobladores golpeando a los granaderos se ha quedado estampada en el televisor de la sala que nos llama salvajes y ha exigido incrementar el número de policías. Evitamos acercarnos a las ventanas por temor a que nos delaten y procuramos casi no respirar para que el miedo no se nos escape por el aliento.

Hasta el momento suman más de diez civiles heridos y tres policías, quienes han sido trasladados a las clínicas y hospitales cercanos al lugar. El enfrentamiento sigue sin control. Desde este noticiero pedimos a las autoridades que actúen con rapidez, para que nuevamente reine la paz...

En el televisor se ve una lluvia de piedras que no puede contener a los granaderos. Son muchos los que corren en busca de un refugio para evitar su arresto. Algunos lo logran, como nosotros, pero otros son alcanzados. Las cámaras del televisor han enfocado el zaguán de la casa en donde nos encontramos escondidos y al pie de aquél un señor recibe patadas y toletazos en todo su cuerpo. La voz de un granadero atraviesa las ventanas, “allá va otro” y se aleja dejando el silencio vacío.

Antes de que comenzara esta revuelta, la cotidianidad del pueblo seguía su curso como todas las mañanas. La máquina de las tortillas rechinaba desde muy temprano, la carnicería había recorrido su cortina metálica para exhibir los trozos de carne y el olor a pan recién horneado perfumaba la plaza en donde el bolero leía el periódico mientras esperaba a su primer cliente. Esa mañana don Pepe empujaba su carretilla llena de flores, para venderlas afuera del mercado. Era

un día especial, era tres de mayo. La gente se preparaba para ir a la misa de las doce del día y los albañiles cargaban las cruces para ir a bendecirlas. Pero antes de terminar la mañana, el pueblo comenzó a ponerse tenso y nervioso, el día festivo se había quedado sin gente para celebrar; todos se guardaban en sus casas, hasta parecía que la peste se había regado por todas las calles.

Cuando regresó mi madre del mercado, me contó que unos granaderos vinieron a quitar por la fuerza a todos los floristas que venden a las afueras del mercado, porque según no tienen permiso para hacerlo y que a don Pepe, por haberse resistido, lo llevaron grave al hospital por los golpes recibidos. La gente del pueblo estaba muy molesta e hicieron sonar las campanas de la iglesia para concentrarse en la entrada del pueblo.

El número de granaderos se ha incrementado, en estos momentos están entrando al pueblo para contener la revuelta. Nuestros reporteros informan que algunos policías han comenzado a catear las casas, hacen uso de perros para rastrear el paradero de los culpables de todo este desorden...

—No tenemos otro lugar para escondernos, nos van a atrapar, no podemos salir porque las calles están llenas de esos pendejos y si nos encuentran nos van a dar en la madre- todos hablábamos al mismo tiempo.

Algunos intentan salir de la casa, comentan que no piensan esperar a que los encuentren y forcejean con los que tratan de impedirselo. El miedo nos pone a pelear.

—Si alguno de nosotros sale, va a delatar a los demás y entonces esos culeros vendrán a esta casa- les digo a los que se aferran a la manecilla de la puerta.

—Pero de todas maneras nos van a encontrar si seguimos aquí, hay que salir- me dice un chico que viste de negro y que adornaba con piercings su rostro.

En el televisor se puede ver cómo entran los granaderos a las casas como torbellinos y rompen puertas y ventanas cuando estas no son abiertas voluntariamente; en fila india sacan de ellas a los

que encuentran y pasan frente a las cámaras de televisión con la cabeza cubierta.

—Nos van a encontrar- dice un joven que se levanta de su lugar y corre a la puerta para abrirla.

—No seas pendejo- le digo antes de que salga de la casa-si sales de aquí no sabrás si te llevan a la cárcel o te dejan todo madreando a mitad de camino y sin vida.

De nuevo quedamos todos callados, ya nadie intenta salir de la casa. Miramos por el televisor todo lo que pasa allá afuera, hasta parece que estamos viendo una película de acción, pero bueno fuera eso. El sonido de mi celular por poco les saca el corazón del pecho a mis compañeros de escondite y me piden que conteste o que lo apague.

—Lore, necesitamos salir de aquí. No, no te puedo decir en dónde estamos. Sabemos que están cateando las casas, traen perros para buscarnos. Trata de sacarnos de este lugar.

Lorena, mi amiga, me dice que mi madre está preocupada por mí, que no se despegaba del televisor porque espera verme a través de él. Mi mamá nunca estuvo de acuerdo en que me involucrara en estos argüendes, así le dice ella. Cuando respondí a la llamada de las campanadas, por las agresiones de los granaderos hacia los floristas, mi mamá me dijo que no me metiera en esa bronca, para ella era mejor quedarnos en casa, pero no le hice caso. Al llegar a la entrada del pueblo, los floristas pedían nuestra ayuda porque los estaban atacando, así que fui con otros más al mercado y en ese momento logramos que se desplegaran los granaderos.

Todos los del pueblo nos sentíamos ofendidos porque nos estaban tratando como delincuentes. Lo único que queríamos era que alejaran a los uniformados, que sacaran de la cárcel a los floristas encarcelados por tratar de defenderse de la agresión de los granaderos, pero sobre todo, que se castigara a los culpables que golpearon a don Pepe. Como no se nos hizo caso, cerramos las calles y avenidas principales del pueblo con palos, llantas y costales de tierra, Estábamos dispuestos a no abrirlas, hasta que se cumplieran nuestras demandas.

Antes de caer la noche, tanto hombres como mujeres vigilábamos las barricadas. Algunas señoras prendieron fogatas, prepararon un poco de café para aguantar la noche porque se veía que iba a estar bien pesada. Cuando la luz del día se preparaba para irse, llegaron camiones antimotines, patrullas y camionetas repletas de granaderos que luego luego hicieron una valla frente a nosotros. Dos helicópteros que parecían zopilotes vigilaban desde el cielo la agonía de su presa.

Nos acaban de informar que ya hay un muerto en el disturbio, aún no sabemos de quién se trate. Se presume que una bala lanzada por uno de los inconformes le quitó la vida. Al parecer se trata de un niño de catorce años de edad. En estos momentos nos vamos a enlazar con nuestra corresponsal que se encuentra en el lugar de los hechos, para que nos dé los detalles sobre la persona que acaba de fallecer...

La señora que nos protege bajo el techo de su casa, trata de calmar nuestros nervios con un té. Los noticieros nos están culpando de la muerte del chavo, eso es una estrategia más para difamarnos y poner en nuestra contra a la banda. Los granaderos no dejan de violar la intimidad de las casas y por las calles van deteniendo a los que se cruzan en su camino, les cubren el rostro con su propia ropa y los suben en camiones antimotines.

No comprendo cómo se llegó al enfrentamiento, si ya había un acuerdo. Después de construir las barricadas en la entrada del pueblo, se habló con el gobernador y se comprometieron a resolver nuestras peticiones, dijeron que en las primeras horas día siguiente se retirarían los granaderos con todo y sus dos helicópteros. Pero son chingaderas, nos traicionaron, nos dieron una patada por el culo. Nosotros le habíamos dicho al Gobernador que retiraríamos las barricadas al ver salir al último granadero del pueblo, que entre más pronto lo hicieran mejor para todos y ellos dijeron que cumplirían el acuerdo, que antes de que las manecillas del reloj dieran las seis de la mañana, las calles estarían despejadas y libres de las barricadas. Lo malo que el cabrón

nunca nos dijo cómo despejaría las calles del pueblo, así son todos los de este pinche gobierno, no tienen palabra. Y entonces así estábamos, vigilando las barricadas, cuidando que ninguno de esos mugrosos granaderos pasara al pueblo. El café y la guitarra nos acompañaban en nuestra velada. La valla de granaderos que se había instalado frente al pueblo, seguía firme como un muro que ni el aire lograba mover. El frío había vencido a algunos de nosotros y acurrucaron sus sueños al pie de la fogata.

Antes de que el sol calentara la mañana, la valla de granaderos comenzó a moverse, avanzaba hacia las barricadas. Un tipo alto, moreno, con un casco en la cabeza y un tolete con el cual golpeaba la palma de su mano, nos dijo que teníamos que liberar la entrada del pueblo, pero le dijimos que ese no era el acuerdo, que primero se iban ellos y después nosotros, que así se quedó y así mero sería. La valla de granaderos comenzó avanzar hacia donde estaban las barricadas y comenzaron a golpear sus escudos como si fueran tambores de guerra. Nosotros no nos movimos, agarramos palos y piedras. Cuando estábamos frente a frente empezó la campal. Las piedras eran proyectiles que se estrellaban contra los escudos de los uniformados y una cortina de gas lacrimógeno nos envolvió hasta hacernos llorar. Los cohetes lanzaron su llamado de auxilio y las campanas de la iglesia se agitaban como locas para despertar a los demás pobladores que aún dormían. La batalla había comenzado, pero ya no podíamos contener el avance de los granaderos y tuvimos que correr para evitar ser detenidos. Mientras huíamos entre las calles del pueblo, un zaguán negro se abrió, no fue necesario que nos invitaran a pasar a la casa, simplemente lo hicimos.

En el televisor aparece la imagen de un helicóptero que sobre vuela la azotea de una casa, da la impresión de querer aterrizar. Por el fuerte zumbido que provocan las hélices, nos damos cuenta que se encuentra arriba de nosotros, hasta parece un gigantesco mosco queriendo picar la casa que nos protege. Pasos apresurados y ladridos de perros hacen que corramos en busca de un

escondite adentro de la casa. Nuestra protectora corre a la cocina de donde extrae una cubeta llena de jabón, disuelto en agua; nos dice que nos untemos un poco en todo el cuerpo para que los perros no rastreen nuestro olor. Bañados en jabón, su marido nos comenta que es mejor los orines, dice que eso confunde el olfato de los perros; la idea me causa repugnancia, pero el saber que el helicóptero se encuentra merodeando como ave de rapiña, la desvanece. Depositamos nuestros orines en cualquier recipiente y el miedo nos anima a untarlo en todo el cuerpo. Enjabonados y bañados en orina, escuchamos a un señor decir que el vinagre es mejor que la orina. Nos dice que el vinagre mezclado con agua hace que los perros confundan nuestro olor. La señora de la casa busca entre su despensa un poco de vinagre, lo vacía en los mismos recipientes en donde habíamos orinado y nos lo da para que mojemos nuestras vestimentas con él. No sé si todo esto ayude a confundir el olfato de los perros, pero espero que de algo sirva.

Bañados en jabón, orines y vinagre, nos ocultamos en todos los rincones de la casa y por primera vez, el televisor se había callado. No hay nada más que hacer. No tenemos a donde huir, sólo nos queda esperar y dejar que la suerte decida nuestro destino. El armario en donde me encuentro no logra aislar los gritos, ladridos y las histéricas sirenas de las patrullas que rondan por la casa. El ruido de vidrios que se estrellan contra el suelo, me devuelve el aliento y los golpes que da mi corazón contra mi pecho han cedido un poco. Parece que los granaderos andan tras los que están escondidos en la casa vecina, no es a nosotros a quienes han encontrado. El motor de un camión es apagado frente a la casa en donde nos encontramos. Las palabras putos, culeros y pendejos son cada vez más agresivas. Se enciende el motor del camión que no duró mucho tiempo estacionado. También el helicóptero se aleja y el ladrido de los perros ya no se escucha.

—Lore, ¿cómo estás?—le pregunto al contestar mi llamada—necesitamos salir, ya no podemos seguir en esta casa, por poco nos descubren. Están cateando las casas vecinas, por favor

comunícate con los demás y que te ayuden a buscar la manera de sacarnos del pueblo, tenemos mucho miedo. No, no he visto las noticias, tuvimos que apagar el televisor por un momento—Sin dejar de hablar con Lorena, prendo el televisor.

Se nos ha informado que estas tres personas que ustedes ve en su pantalla, son los líderes de la revuelta que causaron los disturbios. Fueron capturados en una de las casas que se encuentra a las afueras del pueblo. En estos momentos son trasladados a un centro penitenciario, en donde se decidirá su situación. Se nos comunica que siguen prófugos de la justicia varias personas que están involucradas en los desmanes y se presume que también son autores intelectuales de la organización del mismo. Hasta este momento sólo tenemos la identificación de un hombre que corresponde al nombre de Álvaro Cerralde, se le ha girado una orden de aprehensión por los siguientes cargos: daños a las vías de comunicación y secuestro equiparado...

Mi nombre ahora aparece en todos los canales de la televisión y eso significa que va ser más difícil para mí salir del pueblo sin pasar inadvertido

—Gracias por avisarme—le digo a Lorena con quien no he dejado de hablar por celular

—Oye, ahora con mayor razón tenemos que salir de esta casa, si me encuentran no me la voy a acabar. No, aun no puedo decir en dónde estamos, es peligroso. Mejor cuando estés con ellos, me vuelves a marcar y les digo en donde me encuentro. Cuídate.

No sé cómo vamos a salir de esta, los demás se empiezan a desesperar, algunos de nuevo intentan salir, pero trata de tenerlos. Les comento que Lorena quedó en llamarme para avisarme si es prudente que salgamos de nuestro escondite, como que eso los tranquiliza un poco y desisten de querer salir de la casa.

En estos momentos los granaderos se están retirando del pueblo. Aun no se sabe cuántos detenidos hay, pero esta revuelta ha dejado un muerto, un joven de catorce años perdió la vida. Algunas personas que ocasionaron toda esta violencia siguen prófugas de la justicia. Tenemos en

la línea telefónica al Gobernador para que nos dé su opinión sobre este conflicto social...

—Hay que salir—dice un señor que se encuentra sentado a un lado de mí—pueden regresar y esta vez nos van a encontrar.

El señor de la casa junto con su esposa nos convence de esperar un poco más, para asegurar que lo que dice el televisor sea verdad. Nos dicen que van abrir su carpintería, como si fuera un día normal, como si nada hubiera pasado en el pueblo y que en cuanto vean más tranquilas las calles vendrán avisarnos si podemos salir.

—¿Cómo estás?—le pregunto a Roberto al responder su llamada—Sí, he hablado con Lorena. No, no le dije en dónde estoy. Pues parece que vamos a intentar salir. Te marco después. Gracias por avisar.

Era Roberto, mi primo, me dice que Lorena es una traidora, que ella estuvo señalando las casas de los que estábamos protestando y que les dijo a los tiras el nombre de cada uno de nosotros. ¡Maldita traidora!, ahora entiendo tantas llamadas a mi celular. Roberto me dijo que no podía avisarme antes porque él también estaba escondido y era más difícil para él hablar por celular desde su escondite, pero ya logró salir del pueblo.

La señora de la casa regresa después de ir abrir con su esposo la carpintería y nos dice que el pueblo intenta recuperar su vida, que la panadería de nuevo perfuma las calles con el olor a pan recién horneado, la carnicería ha levantado sus cortinas para exhibir su carne y que la máquina de las tortillas ya fue echada a andar. Nos comenta que la gente también ha comenzado a salir de sus casas, caminan por las calles ignorando los autos quemados y casas destruidas. Menciona que hay uno que otro policía vigilando la plaza del pueblo y que su sobrino nos ayudará a huir.

Vamos saliendo de la casa de dos en dos, el sobrino de la señora nos dice que hay poca vigilancia y como la gente del pueblo se encuentra haciendo su vida normal, nadie sospecha de nuestra huida. Decidí ser el último en irme, el señor de la casa y su mujer deciden acompañarme

hasta la salida del pueblo. Me han dado alguna vestimenta para disfrazar mi apariencia.

Los últimos rayos solares de la tarde deslumbran mi vista, apenas puedo soportarlos. Me siento como si hubiera estado días enteros encerrado en un oscuro calabozo. Mi escapatoria no toma el mismo camino que recorrieron los demás, mis pasos son guiados hacia una de las salidas traseras del pueblo. En las calles hay palos y llantas quemadas. Algunas bardas se encuentran heridas por los petardos que recibieron durante el enfrentamiento y los vidrios rotos de las ventanas nos miran pasar. Se respira la resaca de una guerra, hasta parece que el pueblo se va despertando de una horrible pesadilla. En el rostro de la gente se delata un mal sueño, pero tratan de recuperar la mañana de cada día ignorando los estragos de la batalla. Caminamos hacia la base de los peseros, abordo uno y me siento en la parte de atrás. Antes de arrancar observo por la ventanilla a una señora un poco pasada de peso, morena, cabello corto, lleva un mandil azul y una falda negra; a su lado se encuentra un señor alto delgado de su mismo color de piel, viste un pantalón café y camisa amarilla. Ambos me observan y en el momento en que el pesero arranca, levantan la mano para agitarla en el aire como señal de despedida.

Cuando las luces llegan

Un día amanecieron unos gigantes desgarrando las entrañas de la tierra con sus brazos mecánicos, clavaron en su corazón unas columnas para que cargaran el transporte que parece un gusano corriendo por toda la ciudad y que entra y sale de la tierra como si se estuviera devorando una manzana. Nunca me imaginé que me fuera alcanzar el metro hasta acá, lo creía así porque ingenuamente pensaba que esos edificios nunca lo dejarían salir del centro de la ciudad.

Cuando éramos niñas, Maura y yo, mirábamos desde la azotea de mi casa Santa Fe. Por estos lados el viento llega a soplar tan fuerte para barrer con toda la suciedad del cielo, lo deja bien limpiecito que podamos ver esa ciudad que se encuentra a tres horas de aquí y que de lejos parece una maqueta. Observábamos ese edificio que parece un pantalón esperando ser puesto y nos preguntábamos a qué gigante se le había olvidado sus pantalones en la ciudad. Con el paso del tiempo, cuando ya estábamos más grandecitas, en la preparatoria un profesor nos dijo que ningún gigante anda olvidando su ropa por donde quiera, que fue un arquitecto al que se le ocurrió construir un edificio en forma de pantalón.

Maura es originaria de por aquí, su familia fue de los fundadores de estas casas. Yo no soy originaria de estos lugares, nací y crecí entre estos pueblos, pero mis padres no, o sea que soy chilanga. ¡Ah!, pero no de las chilangas que viven de ese lado. Yo vivo de este otro lado de la ciudad, en donde aún los campesinos se levantan temprano para ir a sembrar a las chinampas. Cuando mi familia llegó a estas tierras, no había tantas casas, casi todo era sembradío de pura milpa y los cerros aún estaban alfombrados de árboles, ahora son las casas quienes los tapizan. En la parte de allá, por donde está el bosque, se encontraba un manantial, pero la construcción de esos condominios se lo chuparon hasta dejarlo bien seco y en sus orillas había un árbol de chabacano. A Maura y a mí nos gustaba ir a cortar los frutos del árbol, con ellos jugábamos a la

comidita, hacíamos una rica sopa de chabacanos que más bien parecía mermelada. A nuestras madres no les gustaba que fuéramos a jugar al manantial y para asustarnos, nos decían que en el árbol de chabacanos vivía un duende y que se molestaba mucho porque le cortábamos los frutos pues cada uno significaba un año de su vida. Entonces nuestras mamás nos decían que ya no fuéramos para ese lugar, porque se nos iba el duende a parecer y nos llevaría hasta el fondo del manantial de donde nunca más saldríamos. La verdad esta historia no nos asustó, al contrario, despertó nuestra curiosidad por ir a ver al duende, no creíamos que fuera tan malo y queríamos jugar con él.

Era en la preparatoria cuando Maura y yo íbamos con los amigos al Mirador de Milpa Alta, desde ahí se veíamos unas luces que parecían reunirse todas las noches para hablar quién sabe de qué, seguramente estaban planeando cómo llegar hasta acá. “Ojalá nunca nos alcancen esas luces”, comentó Maura en una de nuestras visitas al mirador, no tenía ni tres años de haber dicho esas palabras cuando las escavadoras ya estaban abriendo el camino para que llegaran. Yo nomás siento cómo le agarran los temblores a la tierra cuando las escavadoras la rasgan con sus pezuñas, me imagino que son de dolor, porque poco le falta para tumbar las casas.

“¿Y ahora por dónde van a pasar los carnavales?”, me preguntó una vez Maura muy preocupada al ver que el metro se está comiendo más de la mitad del camino por donde pasan los carnavales de febrero. A Maura le encanta participar en ellos, bueno su familia lleva años en la organización. Su abuela nos decía que en los días de carnaval, el Diablo anda suelto. Maura se ve muy elegante con traje de charro en las comparsas, ella siempre me ha dicho que le entre a las comparsas, pero la verdad no nací para eso, yo nada más miro como todos los demás y cuando me animo, pues le entro al baile cuando pasa la banda tocando la tambora frente a mí. El mero día que arrancan los carnavales, es coronada la reina, ese día tocan varias bandas y se truenan los castillos en el atrio de la iglesia.

“Falta poco para que nos llenemos de edificios”, me dijo Maura cuando vimos pasar las ballenas frente a nuestra casa. Pero estas ballenas no son como las del mar, estas nadan en el asfalto y están hechas de concreto; son unas columnas muy grandes y también dejan escapar un sonido muy parecido a las que nadan en el mar, pero este sonido sale por el escape del tráiler que las traslada hasta donde serán colocadas. Es bien chistoso ver cómo hacen un ensamble con las columnas que se encuentran enterradas en la tierra, muchos hombrecitos trepan a ellas, parecen arañitas tejiendo los hilos para unir las con las demás ballenas que van llegando.

Desde un principio la gente de acá se opuso al metro, no quería que pasara por sus casas y más los de Tláhuac, ellos sí se pusieron bien bravos para defender sus tierras. Antes que llegaran las máquinas, ya se corría el rumor de la construcción del mentado metro. Entonces, un grupo de ejidatarios comenzaron a organizarse, entre ellos estaba el padre de Maura quien se convirtió en el líder y que ha sido como una enorme piedra en el zapato para el gobierno capitalino, pues gracias a él la obra del metro se ha detenido varias veces, y parece que una vez más don Mauro va a parar la construcción porque logró un amparo con un juez.

Algunos campesinos sí vendieron sus tierras, decían que no tenían dinero para seguir sembrando. Maura me comentaba que veía a su padre muy enojado, porque gritaba que los demás campesinos eran unos traidores y que por culpa de ellos todo se lo iba a llevar la fregada. Maura también le entró con su papá y juntos organizaban las manifestaciones para impedir los avances del metro, pero a pesar de ello, seguían llegando muchos hombres con unos aparatos que parecían cámaras fotográficas y lo colocaban en un tripie. El papá de Maura nos dijo que con ese aparato le sacaban los niveles a la tierra, algo así nos dijo, la verdad no le entendí muy bien. El chiste es que esos tipos vinieron a tomar las medidas de los terrenos, así como los sastres le hacen para hacer vestidos, así mero fue, midieron por aquí y midieron por allá.

Un día llegaron los del gobierno y le dijeron a Doña Pancha, “es mejor que acepte lo que

le ofrecemos por su casa, porque de todas maneras se la van a quitar y se va a quedar sin nada”, doña Francisca no aceptó el dinero, decía que lo que le daban por su casa era una miseria, no era ni la mitad de lo que le había costado construirla. Comentaba que ella no quería dejar su casa, que ahí habían nacido sus hijos y que ahí mero se quería morir, así lo dijo. En una tarde sacaron a doña Pancha de su casa, eran muchos granaderos para ella sola. Doña Francisca se aferraba a la puerta, se tuvo que amarrar a ella para que no la quitaran, pero poco sirvieron los lazos. Treparon a doña Pancha a una patrulla custodiada con cinco camionetas llenas de granaderos, todos bien armados.

“Son chingaderas”, así lo dijo el papá de Maura cuando se enteró lo sucedido a doña Pancha. Estaba muy encabronado, “estos pendejos ya no tienen respeto ni a su madre”, le comentó don Mauro a su compadre que también es ejidaratario. Maura y yo nada más mirábamos a su padre marcar el teléfono varias veces, le oímos decir que se veía con los demás campesinos en la casa ejidal. Y ahí íbamos Maura y yo tras su padre. Cuando llegamos a la casa ejidal, ya estaban varios campesinos bien enojados. La comadre de doña Pancha mentaba madres a cada rato, decía que tenían que ir por ella a la jefatura de policía, porque no era ninguna ladrona para que la llevaran de esa manera tan humillante. Se armó un alboroto en ese momento, todas las opiniones se revolvían entre ellas mismas y no se entendía nada de lo que decían.

Ese mismo día que detuvieron a doña Pancha, llantas y costales de tierra formaron un muro en la mera avenida de Tláhuac. No podía pasar ni un carro, todos se tenían que dar la vuelta por el cerro rojo, ese que también ya mero se lo a caban porque cada día lo van rebanando como si fuera un pastel. Había quienes se bajaban del microbús y cruzaban todo un pueblo caminando. Frente a las barricadas estaban los granaderos, parecían zopilotes vigilando a su presa. Ahí, en las barricadas, me encontraba con Maura y su familia, hasta los gritos de su abuela pedía que soltaran a doña Pancha, que salieran los granaderos de sus tierras, que no querían el metro.

“También a mi tío lo amenazaron, le dijeron que si no aceptaba el dinero que le daba el gobierno por sus tierras, lo iban a sacar así como a doña Francisca”, me dijo Maura mientras tomábamos un poco de café para amenizar la noche.

Un rayito de luz comenzaba a colarse entre la oscuridad, cuando un helicóptero llegó todo alborotado a interrumpir el silencio de la madrugada. El chillido de las patrullas comenzó a llegar hasta la barricada y venía acompañado por varios camiones llenos de granaderos. Luego luego las campanas de la iglesia sonaron desesperadas para avisar que algunos intrusos estaban entrando al pueblo. Los golpes de los granaderos no dieron tiempo de que llegaran más pobladores en nuestra defensa. La barricada había sido destruida y el gas lacrimógeno cegaba nuestra vista. Todos corrimos sin rumbo fijo, buscábamos un escondite para escapar de los camiones antimotines. Cuando al fin pude esconderme, me di cuenta que no estaba Maura conmigo, solo su madre y su abuela, ambas lloraban por que no sabían qué había sido de don Mauro y su hija. Algunos juran ver cómo una patrulla se los llevaba.

Fuimos varios los que llegamos a la jefatura de policía después de que se fueron los granaderos del pueblo y desde entonces no nos hemos movido de aquí. Tienen a diez ejidatarios encerrados, pero Maura y su padre no aparecen por ningún lado, en la jefatura niegan haberlos detenido, dicen que jamás los trajeron para acá en donde nos encontramos. Hace unas horas, un señor, de esos que trabajan para el gobierno, salió a decirnos que ya mero van a salir nuestros detenidos, que es cuestión de arreglar unos papeles. De Maura y su padre no se sabe nada, ya los han ido a buscar en todos partes, pero no aparecen.

